

# Detective que oye boleros

Pancho Madrigal



ARLEQUÍN



Pancho Madrigal

## Detective que oye boleros



© Pancho Madrigal

D.R. © 2017 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.  
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,  
45050, Zapopan, Jalisco.  
Tel. (52 33) 3657 3786 y 3657 5045  
arlequin@arlequin.mx

[www.arlequin.mx](http://www.arlequin.mx)

ISBN 978-607-8338-61-0

Hecho en México

Estoy perdido y no sé qué camino me trajo hasta aquí...  
«Estoy perdido», VICTOR MANUEL MATO

## Pepián y tacos tuxpeños

De niño fantaseaba yo mucho con la idea de algún día convertirme en investigador privado. *Detective*, se estilaba llamarles entonces. En mis aventuras imaginarias, aunque me llamo Juan Sánchez, me autonombaba Sherlock Bond (Sherlock, por el célebre personaje de las novelas de Conan Doyle, y Bond, por el popular 007 de las novelas de Fleming). Esa ilusión era seguramente alimentada por ciertas películas y algunos cómics de temas policíacos, y más tarde, en mi adolescencia, por las novelas negras que acostumbraba leer, de autores como Ellery Queen, Carter Brown, Mickey Spillane...

Cuando pasaron los años y se llegó el momento de buscarme una dedicación formal, remunerada, la severa y mezquina dama doña Fortuna me refregó en la cara que para lo único que alcanzaban mi anémico intelecto y mi interrumpida formación académica en la facultad de Letras era para ocuparme como redactor e impresor oficial de segunda en una pequeña imprenta de barrio que me contrató, temporalmente, con un sueldo casi humillante.

Mi talante indómito jamás se conformó con tal destino. Mientras laboraba ahí, seguía intentando otras posibilidades, para lo cual era frecuente que tuviese que realizar numerosas llamadas telefónicas desde casetas públicas. No las hacía desde mi teléfono celular porque resultarían mucho más costosas.

Una tarde de poco trabajo en la imprenta, por simple ociosidad —y tal vez como eco reminiscencial de aquella ilusión juvenil— me puse a imprimir en una prensita de mano algunas tarjetas de presentación con la leyenda: *Sherlock Bond, investigador privado*, y agregué el número de mi teléfono móvil. Jamás pensé utilizarlas. Las imprimí, repito, por pura ociosidad. A veces usaba el reverso de esas tarjetas para anotar los números telefónicos que copiaba de la sección de ofertas de empleo de los diarios. Varias ocasiones, por descuido, después de usarlas las dejaba abandonadas en las cabinas telefónicas. A eso atribuyo el que tal vez anduviese rodando alguna que otra por ahí.

Mi sorpresa fue enorme cuando una tarde recibí una llamada telefónica en la que se solicitaban mis servicios —mejor dicho, los de Sherlock Bond— como investigador. Por alguna razón que no sé explicar, en ese momento no pude desengañar a mi solicitante —voz masculina, de hombre maduro, educado—. La llamada no era de esta ciudad, Guadalajara; era de Ciudad Guzmán, otra ciudad no muy lejana. Le pedí al caballero —a quien llamaré Señor Equis— contactarme de nuevo al día siguiente, ya que «debería consultar mi ocupada agenda detenidamente».

En cuanto colgué el teléfono sentí que tendría que reflexionar a profundidad sobre la extraordinaria situación que se me presentaba; tal vez doña Fortuna, que no había sido muy compasiva conmigo, estaba reconsiderando su despiadada indiferencia hacia mi persona.

Cuando quiero pensar con algún detenimiento, necesito aislarme lo más posible. Eso, en mi minúsculo departamento en el barrio de Santa Teresita, no puede ser, pues día y noche se escuchan escandalosos sonidos de todos los departamentos contiguos: el de arriba, el de abajo, los de los lados y hasta el de espaldas del mío. A todas horas suenan en los aparatos de radio, a elevado

volumen, músicas populacheras, partidos de fútbol; risas, llantos y gritos de niños, peleas y discusiones de adultos, arrastrar de muebles, fregar de trastes, y hasta ronquidos y flatulencias. Así que opté por salir a caminar sin rumbo por las calles del barrio hasta altas horas de la noche.

Después de mucho analizar, decidí que tenía frente a mí la gran oportunidad de realizar mi viejo sueño de la infancia. ¿Por qué no? Siendo todavía relativamente joven (recién cumplidos los cuarenta), sin grandes obligaciones y sin nadie que dependiese de mí, sentí la libertad de poder elegir un oficio a mi gusto; algo diferente, que contribuyera a forjarme una nueva personalidad (tal vez así pudiera intentar tener una relación seria, una pareja que... tal vez...).

Nunca había leído en novelas ni visto en filmes cinematográficos que los investigadores más sagaces se basaran en ortodoxas y complejas técnicas investigativas aprendidas en academias especializadas para resolver los más profundos misterios. Ellos todo lo solucionaban apoyándose siempre en intuiciones, presentimientos y espontáneas deducciones, o ayudados por espectaculares rubias que les proporcionaban las informaciones necesarias para llevar a cabo sus empresas sin mayor problema que alguna que otra trompada o porrazo en la nuca. Yo también creía poder hacer caso a mis instintos y consideraba tener muy desarrollado el sentido de la intuición. ¿Qué podía perder? Tampoco había visto, en ningún medio, que alguno de esos héroes hubiese tenido que pagar terribles consecuencias por fracasar en alguna de las diligencias que les fueran encomendadas. Esta última tranquilizadora consideración me pareció muy convincente y determinante para mi decisión.

Al día siguiente, con puntualidad, a la hora convenida recibí la llamada del caballero solicitando mi respuesta. Le informé que estaba dispuesto a abrir un resquicio en mi «muy complicado calendario de actividades» para atender su caso. Acordamos tratar el asunto personalmente, para lo que yo me trasladaría hasta Ciudad Guzmán, en donde él tenía su residencia.

Preparé una pequeña maleta con algo de ropa, busqué una gabardina vieja y desteñida que me heredara un tío abuelo (algo grande para mí, lo reconozco, alcanzaba a arrastrar un poco de la parte trasera, pero ya se sabe que el investigador que se respete debe usar gabardina). Después avisé a la imprenta que, por un asunto familiar, estaría ausente unos días —cosa que mucho le alegró al patrón, pues no tendría que pagar mi sueldo de esos días—. Más tarde me dirigí a la terminal de autobuses foráneos para abordar uno que me llevara a esa ciudad.

Tengo cuatro grandes aficiones y cuatro pequeños lujos: mis aficiones son la lectura de novelas (de todo género, pero sobre todo, policíacas), las películas mexicanas de los años cuarenta y cincuenta, y los boleros. Y la cuarta (algunos la califican de «obsesión», pero yo me sostengo en «afición»)... ésa creo que a lo largo de mi narración se hará muy evidente. Mis lujos son un televisor con pantalla de 42 pulgadas y un aparato de video, con una buena colección de películas mexicanas; un modesto pero bien surtido librero; un aparato para escuchar los varios cientos de compactos con boleros interpretados por tríos, duetos, conjuntos y cantantes solistas masculinos y femeninos. Y para cuando no estoy en el departamento, tengo un pequeño aparato digital con audífonos, con más de mil boleros, que siempre traigo conmigo para disfrutar mi música en todo momento, con temas interpretados por los cantantes más representativos del bolero mexicano y cubano (solo los auténticos, nada de modernos). Cada día, antes de salir del departamento, programo la música que escucharé durante la jornada. Así que disfruté mucho cruzar por las lagunas de Zacoalco y de Sayula escuchando a los Hermanos Martínez Gil: *El mar y el cielo se*

*ven igual de azules, y en la distancia parece que se unen...*, y resolviendo crucigramas, que más que ser ésta una afición, es una simple manía.

No tuve dificultad para encontrar el domicilio. Era una casa grande, aunque de apariencia discreta. Como yo le había avisado a qué hora llegaría, salió a recibirme el Señor Equis, que ya me esperaba. El caballero (un... ¿Domingo Soler...?, algo así), en cuanto me vio entrar con mi gabardina levantó mucho las cejas y se rascó una patilla. Sin duda mi aspecto profesional lo había sorprendido positivamente.

Ya dentro de la casa, por el elegante mobiliario deduje (ya empezaba yo a deducir, función indispensable en todo buen investigador) que esta gente estaba en mejores posibilidades económicas de lo que estaban interesados en aparentar.

Instalados en el estudio y con sendas tazas de café enfrente (el Señor Equis me ofreció cerveza, pero como no me ofreció whisky, yo preferí café, pues ya se sabe que los investigadores acusamos una marcadísima predilección por el whisky y el café) él me habló del asunto. El caso era simple: su único hijo, un adolescente excéntrico y reservado llamado Luis X (como llamo al padre), no había vuelto a casa en varios días, y había que encontrarlo. Se temía que hubiese sido secuestrado, aunque aún no se recibía ningún mensaje de sus captores —en caso de que los hubiera—. La familia se resistía a recurrir a las autoridades locales por temor a que los «polizontes» (como llamamos nosotros los detectives a los policías...) pueblerinos no supieran manejar el asunto y lo echaran todo a perder, poniendo incluso en riesgo la integridad de la víctima. Así que, confiaban en mi pericia para localizar y rescatar al muchacho o, en su caso, para negociar con los posibles secuestradores.

Todo esto fue expresado por el caballero en pocas y muy precisas palabras, con el léxico de quien ha recibido una buena formación universitaria (otra de mis ya certeras deducciones), aunque cada vez que se dirigía a mí como señor Bond, yo tardaba en reaccionar.

Mientras él hablaba, yo ensayaba expresiones y gestos interesantes de investigador, ya frunciendo el ceño, ya rascándome la barbilla con gravedad, ya espantando alguna mosca de mi café...

Después de su breve exposición de los detalles mencionados, el caballero agregó:

—Y bien, ahora dígame usted cuál es la información que necesita para iniciar su labor cuanto antes. Estoy a su entera disposición y mi interés es que no se pierda un solo minuto. Que empiece usted en el acto.

Como no supe de momento qué datos sería conveniente recabar en estos casos, con aire de suficiencia, le contesté:

—No se preocupe, la información la consigo yo. Ése es mi oficio. Está usted frente a un profesional de la indagación.

Debo haberlo impresionado verdaderamente, pues de nuevo alzó las cejas y abrió un tanto la boca. Cuando se repuso, me dijo:

—Bueno, pero al menos requerirá usted de algún dinero para empezar a moverse.

Yo, francamente poco acostumbrado a manejar numerario, hice unas rápidas cuentas mentales y le mencioné la cantidad que se me ocurrió. Él habrá hecho unas cuentas más razonables, pues me extendió un cheque por el doble de lo que le pedí, y aun me miró con cierto resquemor.

De los dos hoteluchos que había al alcance de mi presupuesto, escogí para alojarme el que me pareció menos lúgubre, y para los alimentos encontré una pequeña fonda cercana al hotel en la que

había siempre tortillas recién hechas y unas riquísimas salsas de molcajete, y lo principal, la especialidad de la casa: un exquisito pepián y deliciosos tacos tuxpeños. Esa primera noche, ya instalado en el hotel y metido en la cama, intenté trazar un plan de acción («línea de investigación», decimos los detectives) para, al día siguiente a primera hora, acometer la tarea; pero no me fue posible. Me lo impidió un gran dolor de cabeza provocado por la docena de cigarrillos que me obligué a consumir al hilo —nunca había fumado, pero en mi nueva profesión hay que cuidar el aspecto, y el cigarrillo en los labios da mucho tono—. Por lo pronto desistí de seguir practicando el arte de expeler el humo con peliculesco estilo, pero ya lo intentaría más adelante. Así que, después de ver en la tele una película mexicana (Libertad Lamarque y Arturo de Córdoba) simplemente me dormí.

Al día siguiente, mientras desayunaba unos deliciosos huevos rancheros y champurrado oyendo a los Hermanos Reyes decir que *es la luna blanca, que aparece besando los cristales del balcón...*, en mi libreta de notas fui elaborando un cuestionario con preguntas que consideré esenciales, en las cuales basaría mi interrogatorio. Después me dirigí al mercado municipal, donde iniciaría las pesquisas. Aproveché, estando ahí, para probar su famosa cuachala y para comprarme un sombrero; otro elemento imprescindible en la fisonomía del indagador privado —tuve que conformarme con uno de palma, pues no había de fieltro, que es lo más propio para la clásica imagen detectivesca—. Luego me dediqué a visitar todos los pequeños negocios vecinos al mercado, entrevistando a dueños y empleados. ¡Difícil labor!, todos me vendieron algo, especialmente la panadería y los puestos de palanquetas de nuez, y la información que logré recabar fue muy escasa. Ningún indicio concreto; sin embargo, poco a poco fueron aumentando los datos en mi bitácora (así llamamos los investigadores a nuestras libretas de notas).

Anoté que al joven la gente del pueblo le llamaba el Luisón, y que éste gustaba de recorrer las calles sin amistar con nadie. Todos lo conocían, pero todos desconocían cualquier cosa sobre él. Si por ahí preguntaba: «¿Ha visto usted a Luisón?». Me respondían: «Sí, muchas veces». «¿Y sabe usted dónde se encuentra ahora?». «No. Ni sé ni me interesa saber». La gente se había acostumbrado a verlo vagar por las calles sin hacer caso de él, como quien ve pasar a un perro callejero, pero nada más. A nadie le importaba un comino el muchacho.

Luego de tres días de intensas indagatorias, ya había yo logrado conformar medianamente un perfil físico del individuo. Supe que su cabeza desgreñada se alzaba a más de un metro ochenta del suelo; que la ropa siempre le quedaba pequeña; que era de un color extraño: blancuzco, como tortilla que ha quedado medio cruda; que caminaba encorvado, como si se avergonzara de ser tan alto en un país de chaparros; que su andar era descompasado e indeciso, siempre untado a las paredes, evidenciando su deseo de pasar sin ser notado, pero, vagando por las calles del lugar no era posible que alguien pasara inadvertido. Yo mismo tuve que experimentar en carne propia esa inquina hacia el individuo singular desde mi primer día en las calles, cuando tuve que prescindir de la gabardina porque viéndome con ella, los niños me perseguían haciéndome burla y gritándome tonterías; algunos, incluso, me lanzaron piedras. Además, los perros ya habían desgarrado considerablemente el dobladillo del rodete.

Toda la información la fui reuniendo de a poco. Alguien me aportaba: «alto»; otro me aportaba: «flaco»; otro, «paliducho»; otro, «encorvado», etcétera.

En mi bitácora, junto con los datos recabados, anoté la siguiente conmovedora reflexión:

«¿Cómo es que se perdió? ¿Cómo es que ya nadie supo dar razón de su paradero? La cosa es que no tiene amigos. La cosa es que, fuera de sus padres, con nadie se relaciona. ¡Ni a quién preguntar! Ni con quién indagar sobre sus gustos, sus lugares, sus vicios, sus aficiones... ¿Cómo saber si es afecto a ocultarse entre las penumbras infectas de algún cine de tercera? ¿Es homosexual, es drogadicto, es dipsómano, es pederasta, es fanático de alguna secta satánica, es aficionado a algún deporte extremo? No lo sabe nadie en la comunidad, y, por supuesto, mucho menos lo sabrán los padres, que son los últimos en enterarse de las rarezas, corrupciones o extravagancias de sus vástagos. ¡Cuántos vicios y perversiones pueden ocultarse en las entretelas humanas! ¡Cuántas miserias morales se esconderán tras el más inocente de los semblantes!».

Después de leerla, me felicité por la talentosa pieza literaria que me había dictado la inspiración.

¡Buena tarea tenía yo por delante! Afortunadamente, nada nos arredra a los investigadores. Nos agigantamos ante las adversidades, y, entre más descomunal sea el reto, más se acrecentará la fuerza de nuestros espíritus. Pero ahora lo que importaba era rendir mi primer informe. Lo demás ya lo averiguaría a su tiempo. Hoy había que reportar lo logrado, pues urgía, por otro lado, solicitar un nuevo adelanto monetario. Ya la reserva empezaba a agotarse.

Tres días, pues, habían pasado; tiempo ya prudente para notificar orgullosamente el producto de mi labor. Así que llamé, hice cita, y a la hora acordada me apersoné con el Señor Equis, a quien, muy orondo, le expuse el resultado de mi acuciosa indagatoria, aclarándole que aún no había pistas concretas que seguir. Cuando concluí, noté que el Señor Equis me miraba con actitud expectante, como esperando más. Así que le informé que era todo lo que había por el momento. El hombre, primero engarruñó las manos clavando las uñas en los posabrazos de su fino sillón de cuero, luego se fue incorporando lentamente, con las cejas, por supuesto, levantadas, como era su costumbre; la piel de su cara se tensó y se quedó lívido, mirándome por un buen rato; después boqueó dos veces, como quien va a decir algo, pero no decía nada, hasta que por fin logró articular, casi deletreando, estranguladamente:

—Pero... ¿en tres días me viene usted con eso? ¿Con la descripción de mi propio hijo? ¡Eso yo podía habérselo dicho a usted! Desde el primer día me ofrecí a proporcionarle toda la información que usted pidiera...

De pronto dejó de hablar, y noté que su expresión iba cambiando del asombro a la ira extrema. Así que, lo que creí más pertinente en ese momento fue hacer un saludo militar, dar media vuelta, y salir a paso veloz de su domicilio.

Cuando me encontré ya en la seguridad de mi habitación del hotel, oyendo, para tranquilizarme, la sedante voz de Margarita Padilla, *La culpa la tienen tus labios, porque cuando besan irradian amor...*, recordé que no había alcanzado a exponerle lo más importante para mí: que requería de más efectivo para seguir con la investigación.

No hubo necesidad. Al día siguiente recibí una llamada del Señor Equis en la que me informaba que ya el Luisón había sido localizado. Que lo había encontrado un amigo de la familia caminando por la carretera libre al Distrito Federal, ocupado en contar los pasos que hay entre Ciudad Guzmán y la capital del país. Y que, por cierto, no me molestara (más bien, que no me atreviera) a aparecer por su casa, y que me agradecería que jamás volviera a acercarme a Ciudad Guzmán (voy a extrañar la comida).

En el autobús de regreso tuve tiempo para recapacitar hondamente, con Julio Jaramillo de fondo musical. Concluí que, adelante, debería definir muy bien mi vocación, y decidirme entre dedicarme a ser redactor de imprenta o ser investigador privado.

Por supuesto, como ya había experimentado las intensas emociones que provoca el convivir con el peligro, me decidí por lo segundo.

## Pozole y tostadas de pata

Por el momento, sigo trabajando en la imprenta. No he podido renunciar. Creí que sería más fácil, que solo sería cuestión de dejar un oficio e iniciar el otro; pero no tomé en cuenta que si dejaba la imprenta dejaría de percibir ese sueldo que, mal que bien, me alcanza para pagar la renta del cubículo que eufemísticamente llamo «mi departamento», en el barrio de Santa Teresita, y para algunos de mis gastos fijos básicos. No preví que como detective, en tanto no tenga un buen caso que resolver, tampoco tendré con qué solventar esas necesidades. Además, aquí en la imprenta puedo seguir imprimiendo subrepticamente mis tarjetas de presentación y algunos volantes en los que anuncio mis servicios de investigador privado, puedo hacer llamadas telefónicas cuando no está don Melchor, y hasta tener un archivero personal en mi escritorio de la trastienda, que es donde guardo la bitácora con mi historial de detective (pero, principalmente, ¿para qué negarlo?, también porque aquí sigo estando cerca de la zapatería. Me he dado cuenta de que siempre busco, inconscientemente, pasar frente a esa zapatería. Me desvío para pasar por ahí, tal vez con la esperanza de verla. La veo cuando no me ve, con temor de que ella me vea. Pienso que si me viera, sabría lo que me pasa al verla). Total, que no he renunciado.

El personal de la imprenta es bastante reducido: solo don Melchor el dueño, Gaspar su hijo y yo (redactor, impresor y a veces mandadero). La imprenta es pequeña: un salón un poco más grande que una cochera, donde hay tres máquinas anticuadas, un gavetero de madera con tipos de letra, una pequeña guillotina y un mostrador que sirve de recibidor a los clientes (como si fuese una tienda de abarrotes). Hay un cuarto trasero con dos desvencijados escritorios de madera de pino, el de don Melchor, y uno más pequeño para mí. Una pared del cuarto la ocupan varios estantes metálicos atiborrados de tomos de los más variados temas.

Gaspar, el hijo, es un cuarentón (como yo), solterón (igual que yo), que viene solo de vez en cuando, y no tiene una función definida. Gasta la mayor parte del día por fuera de la imprenta, fumando recargado en la pared, y piropeando a cuanta dama pasa por enfrente de él. Cuando por rareza se acomode a hacer algo, siempre hay que repetir ese trabajo. Entonces él sale muy ofendido, y tarda dos o tres días en volver.

Don Melchor es un hombrón apacible de 75 años (un... ¿José Elías Moreno padre?, más o menos...). Él se pasa el día leyendo, ya sea frente al mostrador o en su escritorio de la trastienda. Si está en la trastienda, pone a funcionar una vieja consola tocadiscos de los años sesenta, para escuchar sus discos de acetato con una impresionante colección de tangos (es tan amante de los tangos como yo de los boleros). Su carácter es firme, jamás se altera, pero nunca cede. Cada mañana llega en un taxi (no sé de dónde) y cada tarde lo recoge el mismo taxi. A mediodía, invariablemente entre las dos y las cuatro, se lo pasa en la marisquería de enfrente, tomando cocteles de camarón y cervezas. Aunque su ropa es sencilla y aparentemente él no tiene mayores lujos, su gasto corriente más mi sueldo, por raquítrico que éste sea, más el de su hijo, son demasiada carga para las no muy boyantes finanzas de la imprenta. Es cierto que de tanto en tanto llega con algún trabajo importante que él mismo se encarga de realizar (aún no confía mucho en mi

pericia como impresor para los encargos especiales) y por el que seguramente le pagarán bien, pero la clientela habitual es más bien escasa y de poca monta. Y no es que las finanzas sean algo que esté dentro del terreno de mi interés ni de mi incumbencia, pero observo que cada que el contador viene a revisar la contabilidad, siempre se retira moviendo la cabeza, como con cierta preocupación. No sé por cuánto tiempo más subsistiremos, mientras tanto, aquí sigo. Pero eso no significa que haya renunciado a mi acariciado proyecto de convertirme en investigador, pues mi vida sin emociones fuertes no tiene sentido. Necesito vivir de aventura en aventura. Sentirme en la cresta de la ola, encontrarme al filo de la navaja, alimentarme de fuertes dosis de adrenalina. Aunque, la verdad, hasta ahora no he logrado colocarme en la situación adecuada para enfrentarme a estas emociones. Ya vendrá, ya vendrá... solo es cuestión de paciencia, de saber esperar (supongo).

Por ahora, no tarda en llegar el taxi a recoger a don Melchor, en cuanto él baje la cortina yo podré dirigirme, antes que a mi departamento, a la cenaduría de la calle Pedro Buzeta, por un delicioso pozole y unas tostadas de pata, y para complementar el programa debidamente localizaré en mis audífonos a Los Bribones: *yo sé que en los mil besos que te he dado en la boca se me fue el corazón. Y dicen que es pecado querer como te quiero, quizás tengan razón...*

## Mole poblano con arroz rojo

Me desesperé de no ser capaz de tomar la gran determinación. ¿Qué soy, hombre o ratón? Si ya asumí la decisión de realizar el sueño de mi vida, no puedo estar titubeando, aferrado a ese minúsculo círculo de muy relativo confort, que es la imprenta. Debo lanzarme al vacío, afrontar con carácter la disyuntiva: seguir siendo un gris empleado en el taller o un audaz auxiliar de la justicia.

Me armé de valor y hablé con don Melchor, el dueño de la imprenta. Le expuse mi convicción de renunciar a mi trabajo en su taller para dedicarme enteramente a la investigación privada.

Don Melchor me miró por un largo rato sin decir una palabra, dejó el libro que estaba leyendo sobre su escritorio, se levantó calmamente de la silla, levantó el brazo del tocadiscos de su consola interrumpiendo a Susana Rinaldi cuando decía que: *por eso tiene el corazón mirando al Sur...*, y se sentó a medias sobre su escritorio con los brazos cruzados, y con una sonrisa extraña me dijo:

—¿Estás hablando en serio?

Yo, algo turbado le contesté:

—Sí.

—Muy bien —dijo, y seguía sonriendo—. ¿Tienes alguna experiencia en eso?

—Bueno... Eh... una poca —contesté.

Y le narré mi experiencia en Ciudad Guzmán (aunque, por supuesto, tuve que omitir algunos ominosos detalles). Mientras yo le relataba el caso, él, de cuando en cuando sonreía y movía la cabeza. Lo del nombre, Sherlock Bond, consideró que francamente merecía una carcajada. Cierto es que soy moreno, de baja estatura (mido un metro sesenta) y peso ochenta y cinco kilos, pero no veo que eso sea motivo para que el mundo se sorprenda de mi nombre profesional.

—Muy bien —dijo, sin dejar de sonreír—. ¿Y tienes ya algún trabajo asegurado?

—No.

—¿Tienes algún prospecto, alguna posibilidad de trabajar, en puerta?

—No. —Mi voz se había enronquecido.

—¿Tienes algún dinero ahorrado para subsistir hasta que encuentres algo, hasta que te des a conocer?

Me salió una vocecilla débil, ronca y a punto de quebrarse:

—No.

El viejo dejó de sonreír, para soltar una gran carcajada. Luego dijo:

—Esas cosas solo se te pueden ocurrir a ti. ¿Y estás definitivamente convencido de hacer eso?

Ahora sí se me quebró la voz cuando dije:

—Sí.

Después de reír un rato a sus anchas, dio unas cuantas vueltas por el cuarto con las manos por detrás, luego se volvió a sentar, soltó un resoplido ruidoso, y dijo:

—Vamos a ver... Te voy a proponer algo. No es necesario que renuncies. Ve a intentar lo tuyo por el tiempo que haga falta. Tu trabajo estará aquí, esperando, ya sea que regreses en definitiva o por temporadas. ¿Qué te parece?

Suspiré aliviado. Le di las gracias con una inclinación que me salió un poquillo exagerada, y me dirigí, casi atropelladamente, a la salida.

Antes de que cruzara la puerta, me alcanzó y me extendió un sobre.

—Toma esto —me dijo—, puede servirte de algo.

A punto estuve de besarle la mano. Solté un emocionado «¡gracias!» con una (ahora sí) bastante exagerada genuflexión, que él ni siquiera pudo apreciar, porque se encontraba ya ocupado en volver a darle voz a Susana Rinaldi.

La imprenta se encuentra en mi barrio, en Santa Teresita, a unas pocas cuerdas del mercado, hacia donde me dirigí, pisando fuerte en la acera, y pensando casi en voz alta: «¡Aquí va el famoso detective Sherlock Bond, a festejar su nueva vida de independencia despachándose un buen plato de mole poblano con arroz. ¡Viva la vida!».

En mis audífonos, Emilio Tuero decía que *por vivir en quinto patio, desprecian sus besos...* (Paso por la zapatería y la veo. Paso muy rápido).

## Tacos de cabeza y horchata

Tengo un gato. Se llama Don Raimundo. En realidad no es mío, pero él prefiere pasar la mayor parte del tiempo escondido en mi departamento, pues sus auténticos dueños, un matrimonio que tiene cuatro hijos pequeños, no lo tratan muy bien. Lo hartan (Don Raimundo no tiene buen carácter) y él busca algo de tranquilidad colándose por una ventila de mi ventana. Sé que no viene por hambre, porque pocas veces se come lo que le dejo (y muy pocas veces tengo algo que dejarle). Pero, igual que a mí, le gusta oír boleros; especialmente los interpretados por voces femeninas y, más específicamente, le gusta María Victoria.

Don Raimundo se coló en mi departamento, por primera vez, durante una ausencia mía de varios días. Cuando regresé, lo encontré instalado en lo que él considera su refugio secreto, y piensa que el intruso soy yo. Solo me tolera porque aportó la música y uno que otro bocadillo, que solo de cuando en cuando me hace el favor de probar.

Don Raimundo es de espíritu romántico. Se pasa el tiempo echado sobre el sarape que cubre la cómoda en donde tengo el aparato de los compactos. No duerme, solo cierra los ojos para concentrarse mejor en la música. Cuando tengo que ausentarme por algunos días, siempre me reclama a mi regreso. No porque extraña mi compañía. Extraña la música.

Puedo hablar con él por horas. Él soporta mi charla con el ceño fruncido, pero no deja de poner atención cuando me dirijo a él. Así, Don Raimundo se ha convertido en el gran escucha de mis problemas, pero también de mis buenos ratos, que no suelen ser demasiados. Si le hablo sobre mis problemas no es porque espere que él me dé respuestas. No soy tan fantasioso. Sino porque al oírme a mí mismo expresarlos en voz alta, me parecen menos graves y me es más fácil encontrarles solución.

Por eso le conté al gato que hace ya dos meses dejé de trabajar en la imprenta y no he logrado conseguir un solo trabajo como investigador. El dinero que tan generosamente me proporcionó don Melchor para que sobreviviera unos días hace tiempo que se agotó.

Tengo que reconocer que hay días en que dudo de que haber tomado la decisión de convertirme en detective haya sido lo más acertado. Si en mi oficio de impresor no me iba tan bien económicamente, en el de investigador privado no he ganado un solo centavo. La verdad es que he podido sostenerme en el intento por medio de sablazos a algunos amigos e invitaciones a comer, pero después del de Ciudad Guzmán, hasta ahora no he logrado conseguir un solo caso más que resolver. Por consiguiente, ni siquiera he podido acumular alguna experiencia profesional. Supongo que eso será lo normal en el gremio; que todos mis colegas al principio pasarían por la misma ruda etapa de aprendizaje a base de ingratas privaciones. Pero, si en cualquier otra carrera profesional habrá que pagar en efectivo, en ésta se paga con privaciones y penalidades. ¿Cuánto costará a un médico su carrera? ¿Cuánto a un abogado su profesión? ¿A un arquitecto, a un ingeniero...? Pues, ¡adelante! No debo quejarme. Seguiré pagando con sacrificios y carencias. No me dejaré arredrar por las penalidades, por amargas que éstas sean. Ya llegará el momento en que se reconozca mi talento. Seré otro Danny Boyd, otro All Wyler...

Así que, ¿qué importan todos estos malos ratos, si estoy viviendo el sueño de mi vida? ¡Soy un detective! Detective sin trabajo, sin un caso importante que le dé sentido a mi profesión, que me permita demostrar mi valía, pero detective al fin. Ya vendrán las controversias con los polizontes envidiosos de mis éxitos; ya vendrán los románticos encuentros con las agradecidas damas que rescataré de las garras de sus despreciables secuestradores, ya buscarán mi talento los grandes magnates de empresas internacionales. Por lo pronto, seguiré pegando volantes en los postes y dejándolos en las cabinas telefónicas. Cada cosa a su tiempo.

Después de escucharme esa larga perorata, Don Raimundo bostezó, me miró con ojos de aburrimiento y se escapó por la ventila.

Por el día de hoy, después de haberme desahogado, reviso mi bolsillo y creo que me alcanza el dinero para ir a un puestecito banquetero de la calle Juan Álvarez a pedir aunque sea un par de tacos de cabeza al vapor y un vaso de agua de horchata. Localicé en mi aparato a Antonio Prieto: *vanidad, con las alas doradas, yo pensaba reír, y hoy me pongo a llorar...*, y allá me dirigí, un poco menos deprimido.

## Quesadillas con flor de calabaza

Los dos hombres dieron vuelta en la esquina tan rápidamente que el de la orilla de la acera casi choca contra un poste de concreto. Su prisa no parecía la de alguien preocupado por no llegar tarde a un lugar, sino la de quien busca al trinquetero que le acaba de endilgar un billete falso. Uno de ellos alto y flaco, y el otro bajo y robusto. Los dos con aspecto rudo, pero sin llegar a inquietar lo suficiente como para temerles. «Gente común», pensé yo. En mi actual oficio de detective privado es indispensable desarrollar la capacidad de aquilatar con rapidez la catadura de los individuos; por eso es que con frecuencia me propongo estos ejercicios de observación analítica.

Creí que pasarían de largo, pero no; entraron a la farmacia ubicada justamente frente a la terraza callejera de la fonda Los Chonchos, donde yo me encontraba despachando despreocupadamente mi desayuno. «Una emergencia médica, seguramente», me dije, y volví al periódico para seguir enfrascado en el crucigrama, donde me encontraba atorado en una palabra, mientras María Victoria advertía en mis audífonos que *cuidadito, cuidadito, cuiiiidadiiito...*

De pronto:

—¿Es usted el señor Sherlock Bond?

Tardé un poco en percatarme de que la pregunta venía hacia mí. Levanté los ojos del periódico y me encontré de lleno con dos siluetas a contraluz alzadas frente a mí. Eran los dos sujetos apresurados que dejé hacia solo unos cinco minutos en la farmacia de enfrente. Me saqué los audífonos interrumpiendo a María Victoria.

—Bond, Sherlock Bond. ¿De parte de quién? —contesté, más que por interés, por morbosa curiosidad, para saber de cuál de los dos fulanos era esa voz infantiloides con acento norteño.

El más bajo me examinó con curiosidad de arriba abajo, y preguntó:

—¿Es usted? —con voz vibrante de aficionado al bel canto.

Eso respondió a mi curiosidad: la voz añorada pertenecía al más alto.

—Sí, suelo ser yo —les dije, y levanté una ceja con varonil elegancia—. ¿Puedo ayudarlos en algo?

—Traemos negocio con usted —habló el alto, hombre lánguido como un galgo (un... ¿Agustín Isunza...?), confirmándome con sus palabras su procedencia norteña.

—¿Gustan sentarse? —dije.

Más tardé en decirlo que en arrepentirme de haberlo dicho, ya que tendría después, por simple cortesía, que preguntar: «¿desean tomar algo?».

Afortunadamente el regordete se adelantó:

—Sí, pero, si nos permite, invitaremos nosotros.

Por supuesto que les permitiría. Mi bolsillo, como siempre, andaba bastante limitado de numerario. De hecho, me había estado alimentando en ese lugar a base de crédito. Pues nadie, todavía, había solicitado mis servicios de investigador.

Arrastraron sendas sillas y se dejaron caer pujando como quien, muy cansado, agradece el reposo. El alto barrió con la vista el entorno, levantó una mano y al instante Pepe, uno de los

Chonchos, se apareció al lado con su libreta y su bolígrafo listos. Pensé que ordenarían solo té o café, pero me equivoqué. Lo que ordenaron podría alimentar a tres luchadores de sumo por dos días enteros. Así que, sin remordimiento aunque con algo de timidez, alcancé a colar en la orden otras cuatro quesadillas con flor de calabaza para mí. Mientras ellos daban sus instrucciones al Choncho, yo los observaba y anotaba mentalmente sus características: edades indefinidas, entre los cuarenta y los cincuenta años; ambos vestían conservadoramente, es decir, algo pasados de moda. El alto, según mi muy modesto concepto, con evidente mal gusto, pero, eso sí, los dos con ropas de mediana calidad. Buen indicio si iban a ser mis clientes.

En cuanto el Choncho salió trotando a surtir el pedido, los dos personajes extendieron su mano derecha hacia mí.

—Pedro Infante —dijo uno.

—Jorge Negrete —dijo el otro.

—Juan Sanch... eh... Bond, Sherlock Bond —dije yo, con gran estilo.

Infante (el gordo) se puso a esculcar en los bolsillos de su saco al tiempo que le decía a Negrete (el largo)...

—Vele adelantando al señor algo del asunto mientras yo...

—No... —dijo el otro—. Prefiero que tú se lo...

—Acuérdate que yo no...

—Sí, ya sé... pero tú eres el más...

—Por lo menos cuéntale que...

—Bueno sí, pero después de que tú...

A medida que el largo Negrete hablaba se le iba atiplando más la voz, mientras que el robusto Infante, sin dejar de registrarse los bolsillos, pasaba de tenor a barítono.

—Creo que dejé mi celular en la farmacia —me dijo Infante, ya con voz casi de bajo—. Tengo que ir por él...

—Voy yo... —se acomodó Negrete.

—No —dijo Infante—, porque yo sé bien en dónde lo puse. Tengo que ir yo.

Y trabajosamente se levantó, en el momento en que el Choncho llegaba solícito con los jugos de naranja. Infante, ya de pie, le dio un sorbo a su jugo, colocó con cuidado el vaso sobre la mesa y luego cruzó la calle dando saltitos entre el tráfico.

Al quedarnos solos, el nerviosismo de Negrete se hizo más evidente. Levantaba su vaso de jugo y lo volvía a dejar sobre la mesa sin darle un trago, sacudía con la mano las mangas y la solapa de su saco, se atusaba el bigote (porque tenía, y bastante espeso), y volteaba inquieto hacia la farmacia...

—Espero que el señor Infante encuentre su teléfono en donde lo dejó —dije, solo por decir algo—. ¿Pasaron por ahí en busca de algún medicamento?

—No, no... —dijo el largo—, es que... Joaquín eh... Pardavé, uno de los empleados de la farmacia, es amigo de Jorge, y él fue quien nos avisó que estaba usted aquí, en este lugar. Llegamos con él para que nos indicara cuál de los clientes presentes era usted. Jorge aprovechó para pedir una recarga de tiempo aire.

Yo conozco bien a doña Rosita, la única empleada de la farmacia, porque es ahí donde me surto de antiácidos. Ella se pasa la vida quejándose de no tener a nadie que la asista, y que ella sola tiene que realizar la doble labor de cajera y dependienta.

—No sé cómo fue que dejó ahí su teléfono. Jorge es siempre *sumamente* cuidadoso.

—¿Jorge? —dije—. Creí que Jorge era usted.

—¿Cómo...? No... Jorge es él. Yo soy... eh... Pedro.

—Y, dígame usted, señor Pedro... ¿Quién les habló de mí?

—A Jorge —dijo el largo—. Él es quien... ¡Ah, ahí viene ya! —Y pareció relajarse.

Negrete cruzó la calle hablando por su celular, con el cuerpo algo torcido mirando hacia donde podría venir algún auto. Al llegar a la acera de este lado se detuvo un rato para terminar la llamada. Luego se acercó a nuestra mesa con expresión algo preocupada. El flaco no lo perdía de vista, imitándole los cambios de expresión. Cuando por fin Negrete se dejó caer en el asiento soltó un ruidoso suspiro y miró a Infante con desaliento. El flaco agachó la cabeza y también dejó salir un resoplido. Negrete, casi con delicadeza, le dijo:

—¿Le comentaste algo al señor Bond, eh... Jorge?

Esto me volvió a desconcertar.

—No —contestó Pedro (¿Pedro...? bueno... el largo) al tiempo que tomaba una servilleta de papel y, secándose el sudor, le susurró algo al otro; luego, ya en voz alta—: No, no hubo mucho tiempo, y él...

En ese momento llegó el Choncho con el primer plato de ellos y mis esperadas quesadillas. Infante (¿o Negrete?) esperó hasta que el Choncho hubo llenado las tazas de café y se retirara, para luego apoyar los antebrazos en la mesa, inclinar el cuerpo hacia mí, y con mirada grave y voz profunda me fue diciendo:

—Vamos a ver, señor Bond..., quisiéramos saber, en primer lugar, si es usted el investigador privado que trabajó en el asunto aquel de...

—Detective —le interrumpí—. Prefiero que me llamen «detective» y no «investigador». Perdón... siga usted.

El gordo, que se había quedado con la boca abierta al ser interrumpido, por un segundo miró de reojo al largo, quien inclinando un poco la cabeza y torciendo la boca hacia el gordo, dijo casi en secreto:

—Es él, no cabe duda... —luego, para disimular, tomó rápidamente un gran bocado de su platón de doble orden de chilaquiles verdes con tres huevos estrellados y abundantes frijoles refritos por un lado.

Infante levantó su taza de café con los ojos fijos en mí, y luego de hacer un gesto actoral que envidiaría Humphrey Bogart, remarcando las palabras, me dijo:

—Señor Bond, requerimos que usted...

—Pero, no... espérate un poco... —dijo el norteño, falseando—. ¿Qué tal si antes le comentamos que...? —y le secreteó algo al oído, que el otro de la misma manera le contestó.

Mis quesadillas se enfriaban, y consideré que no era justo. Así que mientras ellos se ponían de acuerdo a base de cuchicheos, yo me dediqué a atender mi plato.

Sin que fuera mi intención, algo alcanzaba yo a captar de tanto en tanto; sobre todo, que a veces se llamaban «Pedro» uno al otro, y a veces se llamaban «Jorge», y que el flaco no dejaba de repetir: *sumamente*. Empecé a sospechar que no me habían dado sus nombres verdaderos.

Terminé mis quesadillas y ellos seguían, descaradamente, cuchicheando frente a mí. De pronto, deben haber notado mi mirada ambiciosa clavada sobre sus platos, porque de inmediato se aplicaron, uno a su doble orden de chilaquiles verdes con tres huevos y frijoles refritos, y el otro a

sus ocho enchiladas poblanas y sus seis gorditas de chicharrón, pero mientras mascaban deprisa, no dejaban de escudriñarme de manera intrigante.

Aunque, la verdad, no tenía yo mucho que hacer en el resto de la mañana, ya había empezado a inquietarme. Así que levanté el brazo, miré sin ninguna discreción mi reloj, y dije:

—Me van a perdonar, pero a las once tengo un...

—Tiene usted razón —dijo el gordo—, le estamos quitando el tiempo. Deme solo un minuto para... ¡Perdón, tengo otra llamada que no puedo...!

Sacó su celular, se levantó y se apartó un poco para atender la llamada. El flaco inmediatamente se llenó la boca con grandes bocados para no tener que hablar. El regordete, con el celular pegado a la oreja, no dejaba de observarme. Por último dijo:

—Sí, señor. Así lo haremos.

Luego le hizo al flaco una seña rápida de que se levantara. Yo me apresuré a hacerle otra seña al Choncho, como quien firma en el aire para que trajera la cuenta, y señalé discretamente hacia el gordo. No fuera a ser que me la entregara a mí.

Al tiempo que el flaco se levantó, el gordo se volvió a sentar, revisó la cuenta, y al abrir su saco para sacar la cartera dejó ver una sobaquera en donde llevaba una pavorosa escuadra. Y vi que el flaco, que en ese momento se encontraba de espaldas, también mostraba a la altura de la cadera un bulto que sin duda sería otra arma. Pensé «¡diablos!» (porque ésa es una expresión que usamos los detectives con harta frecuencia), y no tuve tiempo de pensar más, porque en ese momento el gordo me dijo:

—Señor Bond, ha de disculparnos por... Pero quisiéramos... ¿Podría proporcionarnos sus datos por si tuviéramos que...?

Por supuesto, no le di una de mis bien impresas tarjetas de presentación. Garrapateé en una servilleta de papel una serie de números escogidos aleatoriamente, y se la extendí esperando que no se notara demasiado el temblor de mi mano.

El gordo tomó la servilleta y la guardó en una bolsa del saco, luego se despidieron con un semi saludo militar, y salieron disparados sin siquiera esperar su cambio. «Ojalá haya quedado suficiente para la propina», pensé.

Regresó Pepe, el Choncho, con el cambio. Peló los ojos y dijo:

—¿Y éstos, por qué salieron tan disparados?

Dejó la charolita con el cambio. ¡Eran más de seiscientos pesos! Dejé diez de propina y me guardé el resto. ¿Qué más podía hacer?

Le pedí a Pepe un vaso de agua y me entretuve cinco minutos más, dando tiempo a que los extraños personajes regresaran por su cambio o se alejaran lo suficiente para poder salir sin que me fueran a seguir subrepticamente (y para guardarme en los bolsillos de la gabardina las gorditas de chicharrón que habían quedado abandonadas). Esperé a que María Victoria terminara de decir que *la van a matar de un susto, y no es justo, porque ella sufre del corazón...*, luego me levanté y crucé la calle hacia la farmacia para comprar unos sobres de sal de uvas. En la farmacia, como siempre, solo se encontraba doña Rosita.

Tan misteriosamente como empezó esto, así terminó. ¿Cuál sería el «negocio» que me querían proponer y que al final se arrepintieron? ¿Tendría algo que ver con el asunto aquel de Ciudad Guzmán? Yo sé que el cliente de aquel caso irresuelto no quedó satisfecho con mi trabajo y que fue mucho (según su criterio) lo que me adelantó, pero, ¿sería suficiente motivo para enviar a dos

«profesionales» para cobrarme el error? Por sí o por no, pagué mi deuda a Los Chonchos y decidí cambiar por un tiempo de comedero y de farmacia. Por lo pronto, saqué el beneficio de un desayuno gratis y seiscientos pesos. Creo que puedo agregar este caso a mi expediente de casos concluidos, ya que saqué beneficio de él, y eso para mí es lo que le da categoría de *caso*. Hasta ahora, relativamente, el mejor remunerado, por su conclusión tan rápida.

## ¿Tamales o tacos?

Antes de renunciar a mi trabajo en el taller, tuve la precaución de imprimir una buena dotación de volantes y tarjetas de presentación. He venido dosificando los volantes, colocando unos pocos cada vez en lugares estratégicamente seleccionados.

Dedico mis tiempos libres (muchos, por el momento) a pegar en los postes y en lugares visibles, algunos de estos volantes, anunciando mis servicios de investigador. Hasta ahora no ha habido ninguna respuesta. Tal vez no sea la mejor forma de anunciarme, pero no tengo posibilidad de recurrir a otro medio.

La otra noche, salí del taller y me dirigí hacia el cercano barrio de la Capilla de Jesús a comprar unos tamales para cenar. Alguien me tocó el hombro. Tal vez ya me había hablado, pero yo iba conectado a los audífonos escuchando embelesado a Los Tres Ases decir que *están perdidos y no saben qué camino los llevó hasta allí...* Me saqué los audífonos para oír lo que ese alguien me decía:

—Oiga, don... ¡Qué fuerte está lloviendo!, ¿edá?, y yo sin paraguas.

—¿Perdón...?

—Ah, este... que si es usted el que andaba pegando volantitos en los postes el otro día.

Era un joven de poco más de veinte años, que se me emparejó en la banqueta caminando a mi paso. Desarrapado, con apariencia de cholo, camiseta sin mangas, pantalonzote cortado a la altura de las pantorrillas, exhibiendo gran parte de sus calzoncillos, con unos tenis sin calcetines y una pelambreira agresivamente puntiaguda que le cubría la cabeza (algo entre Púas Olivares y Maromero Páez).

—Mmmh... sí, joven, soy yo.

—Y ¿dónde puedo encontrar al gringo?

—¿Al gringo? ¿Cuál gringo?

—Pos al Cherlo Bon, ese.

—Ah, a Sherlock Bond, quiere decir.

—Sí, pos ése. ¿Qué no es gringo?

—No, joven. Así me llamo yo. Bond, Sherlock Bond.

Me miró de arriba abajo con una sonrisilla burlona, como restregándose en la cara su duda sobre mi procedencia anglosajona, y dijo:

—¡Órale!... ¿Y por qué se llama así?

—Pues porque ése es mi nombre profesional.

—Ah, pos... qué mam... ucho el sol, ¿no?

—¿Cómo dice?

—No, nada, que qué bien. Yo me llamo Roberto, pero me dicen el Mandril.

—Y, ¿para qué quería usted encontrarme?

—Es que... ando buscando jale, ¿ve?

—¿Trabajo? ¿Anda buscando trabajo?

—Sí, pues.

—¿Y...?

—Pos que a lo mejor puedo servirle a usted. Soy vago pal trompo, pal patín y pal canicazo a la cholla.

—Disculpe, joven, pero mi negocio no es la juguetería.

—¡No'mbre! Digo que soy bueno pa la trompada, la patada y el cabezazo. Por si ocupa usted una sombra, digo, un guardalomos.

—¿Y para qué necesitaría yo eso?

—Pos pa eso... pa cuidarle las espaldas. Su chamba ha de ser muy peligrosa, ¿no?

—Pues no, no creo. Le agradezco mucho, pero no lo necesito.

—Bueno, yo por aquí la giro de cuidacoches. Si ai luego se le ofrece, ya sábanas, yo aquí estufas pa lo que querétaro, ¿no? Ai nos vidrios, pues.

Sacó de la bolsa trasera de su pantalón una gran torta rebosante de jamón, le pegó una voraz mordida, dio media vuelta y se alejó brincoteando, tronando los dedos y mascullando a boca llena algo a ritmo de *rap*.

El antojo de esa torta me precipitó el apetito. Apresuré el paso, pero de pronto... ¡Diablos! Ahí estaba ella, asomada a la puerta de la zapatería. Tuve que regresarme. No podía pasar por ahí, frente a ella. Cambié de idea. En lugar de seguir hasta la Capilla de Jesús por unos tamales, me dirigí a avenida México, por unos tacos al pastor. Me fui pensando en que se le ve siempre pensativa. No parece preocupada, más bien nostálgica... sí, como nostálgica. La veo y pienso en Los Tres Ases diciendo: *Toda tu alma está llena de tristeza, nadie en la vida a ti te comprendió, y en el tiempo se pierde tu belleza, como algo que se fue y no volvió...*

## Carnitas de cerdo con salsa mexicana

Recordando la tremenda impresión que sentí al descubrir que los misteriosos personajes del otro día andaban armados, y de qué manera el joven cholo del día anterior me abordó y me hizo pensar en lo peligrosa que mi profesión podía ser, caí en la cuenta de algo que no se me había ocurrido: que yo no debía de andar por el mundo así, tan indefenso, expuesto ante la superioridad de cualquier enemigo que anduviese armado; que portara aunque solo fuese una simple navaja. Por lo tanto, ¿debería yo andar desarmado? A todos mis colegas, protagonistas de novelas policiacas, películas, y hasta en los cómics, se les presenta siempre con sendas pavorosas pistolas; pero, ¿podría yo acostumbrarme a un arma? Toda mi vida les he tenido horror. Al no tener ninguna experiencia en su uso, estaría expuesto a que cualquiera me la quitase y la utilizara en mi contra. Además que cualquier tipo de arma requiere de un permiso de portación, y yo soy enemigo de toda clase de trámite oficial. Por otro lado, me sabía incapaz de disparar contra nadie, y mucho menos apuñalarlo. Tal vez quedaría el recurso de aprender algún tipo de defensa personal cuerpo a cuerpo; como karate, boxeo, judo, o algo así; pero mi complexión física no da para eso. Mi baja estatura y mi sobrado peso me impiden soportar siquiera tres minutos de cualquier ejercicio. El ponerme y atarme los zapatos ya me deja exangüe.

Estaba, pues, en un problema que jamás calculé. ¿Cómo resolver eso? Después de mucho cavilar sobre tal asunto, llegué a una conclusión muy simple: comprar un arma falsa, un arma de utilería, una de esas pistolas que se cargan con agua (que, de cualquier manera, sería para lo único que alcanzara mi presupuesto), y ponerla bajo mi gabardina de manera que hiciese bulto para que se pensara que era yo un tipo rudo y peligroso. Ante un posible agresor, simplemente abriría la gabardina dejándole ver el arma, y así lo disuadiría de atacarme.

Fui a una de las jugueterías que hay junto al mercado Corona, y me compré una hermosa pistola «de rayos X», del tipo que usan los héroes de las películas de temas espaciales. Sé bien que los detectives no usan ese tipo de arma, pero de niño siempre deseé una de éstas. Escogí una de un intenso color verde esmeralda, como siempre la había deseado.

Y ya que andaba cerca del Mercado Corona, llegué allí a pedir unos cuantos tacos de carnitas de cerdo, con mucha fruta en vinagre y chiles jalapeños, y un buen tarro de tepache, y puse en mis audífonos lo apropiado para ese idílico momento: ¡Toña la Negra, por supuesto!

El resto del día lo terminé padeciendo un tremendo ataque de agruras y consumiendo tabletas antiácidas.

## Menudo, chiles rellenos y... cine

La tarde calamitosa del día anterior quedó atrás. Después del terrible ataque de gastritis que me hizo padecer hasta altas horas de la noche, amanecí totalmente repuesto y con bastante apetito. Así que, salí de la menudería Las Comadritas con el espíritu pleno, sensibilizado para reconocer con agradecimiento las bondades de la vida («barriga llena, corazón contento», reza el sabio refrán popular). La mañana era hermosa, y el clima agradable... En mis audífonos Virginia López cantaba alegremente: *cariñito azucarado que sabe a bombón, cariñito consentido de mi corazón...* No cabía duda: ¡el mundo era un lugar vivible, a pesar de todo!

Con el día entero por delante y sin tener ningún plan preconcebido, me sentí libre como el viento. Y por si esto fuera poco, tenía trescientos pesos en mi bolsillo, los que me sobraron después de haber solventado mi deuda en el comedero Los Chonchos (gracias a los seiscientos pesos del cambio abandonado por los misteriosos sujetos de días antes). Podría, tal vez, abordar un autobús que me llevara hasta la Plaza Tapatía, o quizá dirigirme en sentido contrario hacia el bosque Los Colomos, a pasear y respirar aire puro, escuchando música todo el día, revisando y poniendo en orden mis desorganizados pensamientos.

Me dirigí al puesto de revistas de la esquina del mercado, a comprar un periódico y una revista de crucigramas. Observé que en el sitio de taxis que está ahí por un lado, no había un solo taxi en espera de clientes. Seguramente todos andarían prestando servicio en ese momento, por lo tanto, la banqueta metálica donde se sientan los choferes a esperar clientela estaba vacía. Aproveché para sentarme un poco a leer los encabezados de mi periódico. El encargado del teléfono en la caseta del sitio vino a sentarse junto a mí.

—¿Espera usted un taxi? —me preguntó.

—No. Solo me senté un momento a descansar.

Conversamos un poco de tonterías: primero del clima, luego sobre los cambios en el barrio, luego de la situación económica, luego del trabajo y, en un momento dado, con la mirada fija en mi gabardina, el señor me preguntó:

—¿Y usted a qué se dedica, si se puede saber?

—Se puede —contesté—. Soy investigador privado.

No quise decir «detective» para no parecerle pedante.

—¿Investigador? —dijo él—. Mire qué casualidad. Supe que en esa mueblería que tenemos enfrente necesitan un investigador.

¿Sería posible tanta suerte, tantas cosas buenas en una sola mañana? Le di las gracias, casi salté del asiento y crucé la calle de cuatro zancadas. Entré al establecimiento (no muy grande, por cierto) tratando de hacerlo menos precipitadamente, para disimular mi ansiedad.

Plumero en mano, se me acercó una empleada y, con menos solicitud que modorra, se me paró enfrente, se quedó viendo mi gabardina, y me barrió de arriba abajo con una sonrisilla tonta, bostezó y me preguntó, con cierta rudeza:

—¿Qué se le ofrece!

—Me interesaría hablar con el gerente de la mueblería —contesté.

—No es gerente, es gerenta, pero no está.

—¿Y a qué hora la puedo ver?

—Hoy no, ni mañana ni pasado. Anda fuera de la ciudad y regresa hasta el viernes.

—Muy bien —dije—. ¿Puedo dejarle mi tarjeta? Volveré el sábado.

Tomó la tarjeta conteniendo otro bostezo y la dejó caer en la bolsa de su mandil. Echó otra ojeada a mi gabardina y, con una sonrisilla torcida, dijo:

—¿Y dónde lo agarró la tormenta?

Luego, sin darme tiempo a contestar algo, me dio la espalda y se alejó arrastrando los pies hacia un juego de muebles de sala donde había una televisión encendida, diciendo a media voz:

—Era más grande el muerto. Je, je, je...

Yo salí feliz, hacia el luminoso día, con la excelente perspectiva de conseguir un trabajo. Me coloqué los audífonos y subí el volumen, para seguir escuchando a Virginia López.

La felicidad me abre el apetito. Definitivamente, optaría por la Plaza Tapatía, para más tarde pasarme al mercado Libertad, por unos suculentos chiles rellenos.

Hay de días a días. Si el día de ayer terminó mal, por el fuerte ataque de gastritis que padecí, éste era uno bueno. Tan bueno, que tal vez lo compartiera con el gato Don Rai. Dependía de qué humor lo encontrara. Cuando Don Raimundo está de buen humor (rara vez), soporta que lo llame «Don Rai». Si no lo está, me advierte con un bufido. Si me dirijo a él como «Raimundo» o simplemente como «Rai», no hace caso. Exige que se le trate como «Don Raimundo», y si hay humor, «Don Rai», pero siempre con el «Don» por delante.

Fue, pues, un buen día, y lo culminé con una excelente película, con Pedro Armendáriz y María Félix de protagonistas, naturalmente.

## Tortitas de camarón con nopales

El sábado, a buena hora, me encontré listo para acudir a la mueblería donde se solicitaban los servicios de un investigador. Desde el martes anterior, cuando me enteré de ello, había estado esperando el momento de entrevistarme con la gerente del negocio para que me informara sobre el caso que habría que resolver, pues me urgía hacer algo que me redituara algún dinero, pues ya me había vuelto a endeudar bastante.

Entre tanto, fantaseaba tratando de adivinar el carácter del asunto a resolver. Imaginaba a la gerente como una bella y delicada dama que, siendo extorsionada por una peligrosa banda de delincuentes, requería de los servicios de un audaz defensor, que los tendría que desenmascarar para ponerlos a disposición de la ley. Otras veces me imaginaba viajando junto a ella como compañía de protección, para que recogiera una cuantiosa herencia en algún país exótico. Siempre he sido extremosamente tímido con las mujeres, especialmente si son hermosas, pero eso no me impide soñar con ellas y tener excitantes fantasías. (Es por eso que con la de la zapatería... ¡bueno, pero ésa es otra historia!). O tal vez será una bella viuda que desea que yo descubra al asesino de su fallecido esposo. O quizá... Pero... ¡fuera conjeturas! Había llegado el momento de desvelar el intríngulis (frase muy acostumbrada entre nosotros, los detectives).

Esa mañana, antes de salir de mi departamento, había tenido el cuidado de caracterizarme adecuadamente para la ocasión: mi gabardina que, aunque me queda grande y me arrastra un poco, me da siempre un toque de categoría; un sombrero de fieltro, de ala ancha, que me encontré en el Baratillo, y unos lentes oscuros. No sé qué más se le puede exigir, en cuanto a presentación, a un buen investigador profesional. Me observé en el espejo con satisfacción (a pesar de la mirada poco aprobadora del gato Don Raimundo).

A una media cuadra antes de llegar a la mueblería, me detuve un poco para corregir mi paso. A partir de allí, empecé a caminar con cadencia, con esa desparpajada elegancia con que lo hacía Sean Connery en su papel de 007 (¡ah, si me atreviera ahora a entrar así a la zapatería!). Con esa airosa actitud entré a la mueblería.

La misma empleada amodorrada de la vez anterior, con su mismo plumero y su mismo mandil, me cerró el paso:

—¡Qué se le ofrece!

—Vengo a ver a la gerente. ¿No se acuerda que vine el...?

—Sí, hombre, sí... —me interrumpió—. Pero es gerenta, ya le dije; no es gerente. Venga. —Y empezó a arrastrar los pies hacia el fondo del local.

Recorrimos un pasillo atiborrado de muebles baratos: juegos de sala, camas, estufas, ventiladores... hasta llegar a un pequeño *mezanín* en un rincón del local, donde se encontraba un viejo escritorio de lámina gris y un par de archiveros que le hacían juego.

Una cincuentona gorda, color moreno verdoso, de nariz achatada, que usaba un chongo color ladrillo, alto, a la usanza de los años 60 (El Lobo Negro con peluca, ni más ni menos), me miró con extrañeza de arriba abajo y me gruñó:

—¡Qué se le ofrece!

Ése parecía ser el saludo oficial de la mueblería.

—El martes le dejé con su empleada mi tarjeta de presentación, espero que...

Ella volteo a ver a la amodorrada, y ésta, sin inmutarse, sacó la tarjeta de la bolsa del mandil y la arrojó despectivamente sobre el escritorio, diciendo:

—Ah, sí... se me había olvidado.

La gorda la recogió, y mientras la observaba con una expresión muy semejante al asco, murmuró:

—No es mi empleada, es mi sobrina.

Y regresándome la tarjeta, agregó:

—¿De veras se llama usted así?

—Bueno, es mi nombre profesional.

—Pues qué rarito es usted. ¿Y qué es lo que quiere?

—Bueno, supe que ustedes requieren de los servicios de un investigador, y como ve, yo soy...

—¿Quién le dijo eso?

—¿Que soy investigador...?

—No, que necesitamos uno.

—Pues, conversando con el señor que atiende el teléfono en la cabina de los taxis de...

—Es mi cuñado. ¿Y...?

Su expresión de impaciencia, su autoritarismo y el tono severo con que se dirigía a mí, me fueron achicando cada vez más, hasta hacerme sentir como un espía atado a una silla frente a un sádico interrogador de la Gestapo blandiendo su fuste frente a mi cara.

—Eh... bueno, este... quería ver si yo podría...

Me miró como si fuera yo el cabrito que ella estaba cebando para su cumpleaños, y me dijo:

—¿Dónde ha trabajado usted?

—He estado haciendo algunos trabajos con particulares, y...

—¿Tiene usted bicicleta?, es indispensable.

—No, pero, si fuera necesario...

Se levantó del escritorio y taconeó hacia uno de los archiveros. Con todo y su chongo alto y sus tacones, no rebasaría más que unos dos o tres centímetros del metro y medio. Volvió con una carpeta que contenía varias hojas con el membrete de la mueblería, y la arrojó sobre el escritorio. Me gruñó:

—No hay sueldo. Se le pagará un porcentaje por cada cuenta recuperada. ¿Quiere usted tratar los casos uno por uno, o prefiere llevarse la carpeta con todo el paquete? Son doce.

—Perdón, ¿podría usted explicarme antes, de qué se trata el encargo?

Se quedó mirándome por un buen rato con los ojos casi cerrados y la cabeza tan echada hacia atrás, que se le infló la papada a punto de reventar.

—Pues a localizar clientes huidos. Clientes que han cambiado de domicilio sin avisar. ¿No le explicó a usted eso el inútil de mi cuñado?

Luego, sacando otra carpeta de un cajón de su escritorio, me dijo:

—Si acepta, lléneme esta hoja, y me la firma. Pero con su verdadero nombre, no quiero payasadas.

Esto era humillante. Yo era detective, no localizador de cuentas perdidas. Una fuerte oleada de orgullo se me iba subiendo a la cabeza y me la iba calentando. A punto estuve de soltarle una palabrota y salir corriendo, pero, con un oportuno gruñido, mi estómago me advirtió que no estaba yo en condiciones de rechazar ninguna oferta. Automáticamente, sin pensarlo más, llené la hoja, la firmé, tomé la carpeta, hice una leve inclinación, y salí a la calle con la cabeza agachada y el mismo arrastrar de pies de la amodorrada. Ésta, en cuanto crucé la puerta, me alcanzó a advertir:

—¡Aguas con los rayos!

Estaba frente al mercado, pero preferí ir a comer a otra fonda, lo más alejadamente posible de la mueblería.

Mientras daba cuenta de un plato de tortitas de camarón con nopales y un tarro de agua de jamaica, escuchando a Lucho Gatica decir *que no le platiquen más, que lo dejen imaginar...*, y ya más repuesto en mi muy bocabajeada autoestima, pensé filosóficamente que un poco de adiestramiento en localización de descalabradores del mercado de bienes domésticos en mi tiempo libre (que por el momento seguía siendo mucho), no le vendría mal a mi oficio, y mejor, si de paso lograba ganarme unos cuantos pesos.

## Chamorro en salsa agridulce

Don Raimundo me miró con rencor cuando tuve que abrir el cajón de la cómoda en donde había guardado el día anterior la carpeta con los expedientes que me entregara la gerente de la mueblería. Le molesta mucho que se le distraiga cuando escucha música.

Con la carpeta, mi bitácora, un bolígrafo y un café cargado, me instalé en el sillón a revisar los expedientes (la mirada del gato pareció decirme: «te permito usar ese sitio, pero solo mientras yo estoy en este otro»).

Después de leer uno por uno, solo me quedó en la mente un revoltijo de artículos, cifras, saldos, domicilios y nombres. Nombres de desconocidos. Nombres que no me decían otra cosa más que cada uno de ellos pertenecía a un delincuente doméstico, violador de acuerdos comerciales. Los titulé así, *delincuentes domésticos*, ya que era por artículos domésticos que se cometía la infracción. ¿En dónde están ahora todos los dueños de estos nombres, todos estos fugitivos, presuntos trasgresores de la ley? ¿Suelen dejar rastro o se cuidan escrupulosamente de borrar toda evidencia de su paso por la vida?

Tenía por delante, no uno, sino doce casos distintos que resolver, sin el menor indicio de hacia dónde se habían marchado. Labor titánica, si tomamos en cuenta que no existe un método formal, publicado como texto orientador, que indique cómo actuar para resolver este tipo de casos. Tendría yo que implementar mi propio sistema. Así que me puse a diseñar el método investigativo que seguiría. En mi bitácora titulé a esta comisión:

*«Delincuencia doméstica  
(trasgresores mobiliarios)»  
Método de investigación*

Ideé tres planes, que titulé: «plan a», «plan b» y «plan c». El plan «a» se basaría en la encuesta casa por casa, recorriendo los barrios y las colonias de la ciudad preguntando: «¿es usted la señora o el señor fulano de tal, que anteriormente vivió en tal domicilio...?». Pero al pensarlo bien, pronto recapacité que eso no correspondía en absoluto a un razonamiento lógico. Pues, cuando me puse a calcular el tiempo que invertiría en recorrer cientos de casas interrogando, para encontrar a uno solo de los infractores buscados, sumaría (dependiendo de la suerte), tal vez meses o años.

Tampoco me convenció mucho, por la misma razón que el anterior, el plan «b», consistente también en recorrer las casas, con la siguiente pregunta: «¿sabe usted si se ha mudado a su vecindario, después de tal fecha, alguien llamado...?»: y ahí le recitaría toda la lista de nombres de los burladores de acuerdos comerciales, es decir, los deudores desaparecidos.

Me decidí, definitivamente, por el plan «c», que consistiría en hacer vigilancia. En esperar cerca del domicilio anterior del sujeto (como solemos decir los detectives: «el criminal siempre vuelve a la escena del crimen»), pues sería muy factible que el mismo domicilio lo habitasen ahora algunos familiares o algunos conocidos, o recomendados del presunto delincuente mercantil. En caso de ser así, solo tendría yo que hacer unas cuantas guardias, hasta que el evadido se

decidiera a visitar a los nuevos moradores; luego, seguir al sujeto hasta su actual domicilio, y llegar a levantarle un nuevo expediente con los datos actualizados.

Después de tan brillante proyecto de planificación, quedé convencido de que mis talentos y mis capacidades estaban definitivamente destinados a la indagación.

Al día siguiente pondría en práctica mi plan de acción en contra de los burladores de acuerdos mercantiles, empezaría mi labor de instrumento de la justicia en contra de la mala conducta comercial. Por ahora, se me antojaba festejarme con un buen chamorro en salsa agridulce, de la calle Herrera y Cairo. Y para esto, lo adecuado era programar en mi aparato a Los Delfines.

(Y, como parte del festejo, tal vez aproveche para pasar frente a la zapatería, para ver si me toca mirarla de lejos... *mujer alabastrina*... No sé quién es, ni qué hace. Sé que trabaja en esa zapatería porque siempre está ahí. ¿Será cajera?, ¿será vendedora?... No lo sé. Solo sé que trabaja ahí, y que... ¡ay, Dios!...).

## Tortas ahogadas y cervezas

Todo el día fui acumulando hambre pensando en ese momento. A pesar de que había sido un día de intenso trabajo, no había sido posible rescatar una sola de las cuentas de los deudores de la mueblería. Por más esfuerzos que había hecho durante varios días, seguía sin tener éxito. Ser investigador en una ciudad como Guadalajara es una labor ingrata. Es muy difícil caminar por las calles inadvertido, porque los perros odian mi gabardina. Siempre que salgo a caminar, por donde voy hay dos o tres canes detrás de mí ladrándome. Eso llama la atención de la gente, sobre todo de los niños, que cuando andan en grupo se envalentonan y me gritan malcriadeces.

¿Cómo puede un detective hacer un discreto seguimiento en un barrio de Guadalajara? Yo me pregunto: ¿qué sería de los detectives privados e investigadores policíacos europeos o norteamericanos si sus perros y sus niños tuviesen la misma aberrante costumbre de los tapatíos? Mi labor es doblemente difícil y abnegada. Pero he decidido que mientras esté dedicado a esta sacrificada profesión, no renunciaré a mi gabardina, símbolo y emblema del buen profesional de la investigación.

Así que, después de algunas semanas sin dinero, saltarme algunas comidas ya se me había vuelto costumbre. Estaba, pues, esa noche, haciendo realidad el momento ideal que había estado añorando durante todo el día, es decir, ocupando una mesita en Tortas Ahogadas El Gori (único comedero donde aún tenía crédito), inclinado frente a un succulento plato colmado de tortas ahogadas debidamente aderezadas, y por un lado, un jarro de tepache; casi temblando de la emoción, y oyendo a María Luisa Landín decir *que todo fue un juego, que nomás en la apuesta ella puso, y perdió...*

Y de pronto, la voz tipluda:

—Buenas noches, señor Bond. ¿Se acuerda de nosotros?

Aparté con rencor la vista de mi plato, y... ¡ahí estaban de nuevo, como una inquietante aparición!, ¡el gordo y el larguirucho!

Quitándome los audífonos, dije:

—Ah, sí..., cómo no, eh... Luis Aguilar y José Alfredo Jiménez, ¿no es cierto?

Ellos se miraron por un momento, y...

—Sí, sí, los mismos. Me alegra que nos recuerde.

No sé qué sensación experimenté con mayor intensidad, si la desconfianza con que me habían dejado la vez anterior, o la esperanza de que de nuevo se hicieran cargo de la cuenta de mis cuatro tortas ahogadas.

—¿Gustan sentarse?

Por supuesto, me tomé la precaución de no preguntar «¿desean tomar algo?»

Se sentaron. El alto tronó los dedos y ordenó al mesero:

—Una Tecate.

—Otra para mí —dijo el gordo.

Yo nada más levanté discretamente el dedo meñique sin levantar la mano. Por fortuna, Rafa, el mesero, fue lo suficientemente experto para interpretar eso como: «otra para mí».

Aunque el gordo revisó con envidia mi plato, no ordenaron nada más. El alto me dijo:

—Pero, adelante, siga usted comiendo con toda confianza. Nosotros lo haremos más tarde, con el jefe... eh... quiero decir... con el patrón.

Me alegró no tener que esperar a que les sirvieran algo a ellos para seguir dando cuenta de mis tortas. De haber tenido que esperar, se me habrían puesto aguadas.

—Y... ¿a qué debo el gusto? —pregunté.

—Antes que nada —dijo el gordo— una disculpa por la despedida tan precipitada del otro día. Es que recibimos una llamada en la que se nos ordenaba presentarnos inmediatamente.

—Y, claro —dijo el tipludo— debe haber quedado usted *sumamente* desconcertado.

—No se preocupen —contesté—. Entendí muy bien que no era yo el elemento que ustedes buscaban para...

—El caso es que sí es —dijo el gordo—. Sabemos que es usted la persona más indicada para llevar a cabo el trabajo que queremos proponerle.

¿Un trabajo? Empecé a lagrimear, no sé si por lo picante de la salsa en mis tortas o por la emoción de tener un interesante caso en mis manos y, sobre todo, la posibilidad de recibir algún dinero. Como un relámpago pasó por mi mente la idea de que lo primero que haría en ese caso sería pagar las rentas atrasadas del departamento, mi deuda en la tortería y luego, ir a un cine (¿cuánto hacía que no iba?) a ver una buena película.

—Siendo así —mentí—, ¿podría pensarlo un poco? Estoy a punto de involucrarme en un caso por el que me ofrecen muy buena paga, y...

—Por eso no se preocupe —dijo Luis Aguilar (el alto)—. Recibirá usted una sobrada gratificación por realizar un trabajo *sumamente* sencillo.

Las lágrimas corrían inconteniblemente por mis mejillas. Tal vez hasta me alcanzara para un sombrero y unos zapatos nuevos (¿en la zapatería donde ella...?). Aparté el plato con la media torta restante. Se me había quitado el hambre.

Luis Aguilar le dijo a José Alfredo (el gordo):

—Se lo explicas tú, o...

El gordo sacó una cajetilla de cigarros de una bolsa del saco y me ofreció uno, pero (¡qué vergüenza!) tuve que rechazarlo, pues aún no he logrado aprender a fumar con el debido estilo que corresponde a un auténtico detective. Si no lo hago correctamente, lo más seguro es que eso los lleve a dudar de mi calidad profesional. ¿Quién ha visto a un buen investigador que no fume con gran estilo? Él encendió su cigarrillo con toda calma, soltó el humo con histriónica displicencia (hacía todo un ejercicio actoral del simple acto de encender un cigarrillo), y dijo:

—No, por ahora no. Volveremos a contactarlo en unos días. Por lo pronto, queremos asegurarnos de que contaremos con sus servicios —sacó una chequera—. ¿Por cuánto?

Tomé una servilleta de papel y me soné ruidosamente. Seguía llorando. A penas pude balbucear:

—¿Eh...?

—Un adelanto —dijo—. ¿Por cuánto se lo hago?

—Bueno... no sé... este...

—¿Le parece bien quince mil?

Solo pude asentir con la cabeza. De haber abierto la boca, habría soltado el llanto a moco tendido (¡lamentable espectáculo que nadie esperaría de un recio detective como yo!).

—¿A qué nombre se lo hago?

—Eh... a nombre de Juan Sánchez López, mi contador.

Tuve que mentir. Si lo hacían a nombre de Sherlock Bond, no podría cobrarlo por no tener un documento que compruebe que ese es mi nombre.

Firmó el cheque, lo puso sobre la mesa y, sin más, dejando sus cervezas intactas, se levantaron y se fueron. Yo quedé ahí, estático, con un cheque por quince mil pesos y tres cervezas.

## Solo bolillo con queso y agua

Pagué muy a tiempo las rentas atrasadas del departamento. Días antes, el casero me había pedido que me mudara a uno de los cuartuchos de la azotea. También pagué mis deudas en varios comederos, y viejos préstamos a algunos amigos que se alegraron mucho de ver de nuevo su dinero, pues ya lo daban por perdido. Después de relevar algunas prendas de ropa a las que ya les urgía la jubilación, logré guardar algo para resistir por un corto tiempo más, hasta volver a entrevistarme con los misteriosos personajes que, por un lado, eran mis salvadores, y por el otro eran mi pesadilla. Pues, superada la primera emoción de recibir el jugoso adelanto (equivalente a tres meses de lo que había sido mi sueldo en la imprenta), empecé a cobrar conciencia de lo que había hecho: ¿Qué esperaban ellos de mí? ¿Qué «negocio» pretendían proponerme? ¿Sería algo legal, o algo turbio? ¿Habré hecho bien en aceptar ese adelanto o habré vendido mi alma al diablo? Fuese lo que fuese en lo que el asunto consistiera, no me podía retractar, ya había dispuesto de más de la mitad del dinero. Entre tanto, no me quedaban otras opciones que seguir teniendo pesadillas por las noches, o desvelarme dándole vueltas al asunto: «¿hice bien o hice mal...?».

Aunque por ahora no me sentía tan urgido económicamente, y a pesar de repudiar esa pesada labor, decidí seguir con el encargo de la mueblería. Más que por esperanza de encontrar a algún cliente perdido, quise hacerlo por tener un distractor; algo que me impidiera pensar en mi preocupante compromiso con los tipos misteriosos, hasta que ellos se me volvieran a presentar.

En mis noches de cavilación, a veces pensaba lo peor: que eran narcotraficantes, que eran secuestradores, que eran extorsionadores... En noches de menor pesimismo, pensaba que sería algo legal, algo *sumamente* sencillo, como dijo el tipo alto. Y en noches de optimismo pensaba que tal vez sería algo tan legal e importante, que me aportaría tal prestigio y notoriedad, que podría orgullosamente presentarme ante don Melchor, a darle cuenta de mi éxito profesional.

Durante el día no pensaba en eso. Eran días de laboriosa, pero inútil actividad. Podía pasar varias horas visitando fiadores, avales de los deudores, o de pie, vigilando algún domicilio desde una esquina, o siguiendo de lejos a algún individuo o una señora, o intentando conseguir de los carteros, mediante algún engaño, la dirección de tal o cual cliente desaparecido, cosas rutinarias que estaban contempladas en mis planes de acción. Ésos eran «días sin huella». Días que por la preocupación, se borraban por completo de mi memoria a grado tal que muchas veces llegué a no importarme lo que comía, y me conformaba con consumir, sentado en el quicio de alguna puerta, un simple bolillo con queso y una botella de agua, mientras oía sin escuchar, la música que había programado en mis audífonos para ese día (y consumía antiácidos constantemente).

Cuando le comuniqué al gato Don Raimundo mi incertidumbre con los misteriosos, parece que sí lo consideró algo preocupante, pues, aunque cerró los ojos mientras yo le hablaba, permaneció con el ceño fruncido aún después de que cambié el compacto de Los Duendes por uno de María Victoria.

## Carnes en su jugo y frijoles charros

Soy gordo, sí; ya ustedes lo habrán deducido, no me gusta insistir en ello porque no es necesario. Pero ahora tengo que explicar, para justificarlo de alguna manera, el que esa mujer me haya tumbado y me haya tundido tan inmisericordemente. Pero vayamos por partes. Todo fue por culpa de una confusión.

El día anterior, cumpliendo con la misión que me había encomendado la mueblería, y con el plan de acción que yo mismo me había trazado, me presenté al domicilio 1450-b de la calle Garibaldi, anterior morada de uno de los deudores desaparecidos. Una anciana me abrió la puerta y, sin darle tiempo a sospechar de mí, le disparé la pregunta a quemarropa:

—¿Se encuentra el señor fulano de tal?

—No —me contestó ella—. Es mi hijo, pero ya no vive aquí.

Yo ya esperaba esa respuesta, por lo que, como buen investigador, había preparado una sagaz triquiñuela, parte de la técnica investigativa que me había implementado para estos casos.

—Él y yo somos grandes amigos —mentí—. Le debo dinero y quiero pagárselo. ¿Podría decirme en dónde lo puedo encontrar?

Ella me miró con picardía, y dijo:

—¿Sabes dónde? ¡En casa de la puta de tu abuelita, pinche enanito de Blancanieves! ¡Ja, ja, ja...!

Y me dio con la puerta en la cara.

Al día siguiente, estaba yo «haciendo guardia» (como llamamos los detectives al hacer vigilancia). Llevaba varias horas frente a esa casa, con la esperanza de que viniese el transgresor mercantil (deudor de un televisor), a visitar a su madre, para después seguirlo hasta su actual domicilio.

No había una sola sombrilla en toda la cuadra. El sol caía a plomo sobre la acera, y yo, con el cuello de mi gabardina levantado, mi sombrero de fieltro y mis lentes oscuros, sudaba a chorros, estaba mareado, veía puntitos negros y me sentía a punto de desfallecer.

De pronto sentí el empujón. Di tres pasos atolondrados, luego pisé el borde de la gabardina, rodé por el suelo y quedé de espaldas sobre la acera caliente. Empecé a sentir tremendos golpes: una corpulenta dama de aspecto rudo (una especie de David Reynoso sin el bigote) me pateaba y me tundía brutalmente con una sombrilla. Cuando un gordo como yo está tirado en el suelo bocarriba, sus esfuerzos para ponerse de pie se asemejan mucho a los de un escarabajo o una tortuga en la misma posición. Solo agita las extremidades ridículamente sin ningún resultado, situación que lo deja a uno con todas las áreas del cuerpo expuestas, y totalmente indefenso. En mi desesperación, trataba de abrir la gabardina para mostrar el arma falsa, para ver si la agresora se asustaba, pero ella no me lo permitía, me golpeaba las manos con su sombrilla y me gritaba:

—¡No me enseñe usted nada, viejo cochino, indecente!

No sé de dónde salió tanta gente. Hacía dos minutos que la calle estaba desierta, y ahora había una multitud a mi alrededor, riéndose, aplaudiendo, alborotando y gritando:

—¡Duro, doña Dorotea!

—¡Eso, eso, dele más!

—¡Arriba doña Dorotea!

Y doña Dorotea gritándome:

—¡Degenerado, sátiro, viejo pelado!

Hasta que llegó una patrulla. Tres policías tuvieron que luchar con ella para quitármela de encima. Cuando por fin pudieron interrogarla, les dijo:

—Es que éste ha de ser el viejo pelado que dicen que anda por aquí, enseñando sus miserias.

—No —dijo un oficial—. A ése ya lo agarramos, ya está guardado.

Luego que les expliqué por qué estaba yo allí, les mostré, para comprobar, los documentos de la mueblería. Y después de que hablaron los oficiales por teléfono con la gerente del negocio, le dijeron a la señora:

—Afirmativo, señora. El sujeto es quien dice ser. Es inofensivo. Estaba aquí nomás, haciéndose güey.

Pero doña Dorotea, no convencida del todo, me seguía mirando con malos ojos. Entre la turba alcancé a reconocer al cholo Roberto, el Mandril, que muy sonriente me mostró el dedo pulgar levantado, y luego torció la mano hacia abajo.

Los policías me parecen individuos burdos, vulgares, faltos de cultura y de educación, y mucho les temo. Pero esta vez tuve que quedarles eternamente agradecido por su intervención. De no haber llegado ellos tan oportunamente, ese monstruo de mujer me habría desbaratado a patadas y sombrillazos, no tengo la menor duda.

Como pude, me puse en pie. Nadie se acomió a ayudarme, por el contrario, todos los vecinos seguían aplaudiendo y felicitando a la señora por su triunfo contra mi persona.

Cuando me retiraba, uno de los polizontes me alcanzó a gritar:

—¡Y un buen consejo, compa: deje de usar ese algodón, para que no lo vuelvan a confundir!

—¡Y que no se la vuelvan a partir! —gritó otro.

Ví que a pocas cuadras de ahí, estaba Kamilo's. Renqueando penosamente con la gabardina al hombro, abanicándome con el sombrero con una mano y deteniéndome de las paredes con la otra (sin mis lentes oscuros, porque alguien los pisoteó haciéndolos añicos), y con el alma humillada, me dirigí allá, a buscar el reconfortante consuelo de un plato grande de carne en su jugo.

Con una segunda orden de carne en su jugo, frijoles charros y cebollitas asadas, escuchando la voz aterciopelada de Amparo Montes en mis audífonos, me acabé de reponer. Por lo menos del susto; de la paliza aún tardaría varios días.

Siempre que llego al departamento encuentro a Don Raimundo echado en el sillón que tengo junto a la ventana. En cuanto coloco un compacto se trepa de un salto a la cómoda y se echa junto al aparato. Si lo que pongo es de su agrado, hasta llega a ronronear un poco (solo un poco). Si no le gusta tanto, azota la cola, pero pronto se resigna porque para él lo importante es escuchar música. Esta vez, como me observó llegar casi a rastras y tirarme en la cama, de inmediato concluyó que no habría música. Así que, sin ninguna consideración, saltó por la ventila y se largó a que lo martirizaran sus insoportables dueños, dejándome solo con mi cuerpo y mi ego descuadernados.

## De cocido... ¡dos platos!

Siempre había oído decir que los golpes duelen más un día después de recibirlos, cuando se han enfriado. Me tocó dar fe de que eso es verdad.

Al día siguiente de mi fatal encuentro con doña Dorotea no pude levantarme temprano para ir a continuar mis investigaciones, como había sido mi intención. Permanecí en la cama hasta pasado el mediodía, soportando, además de los dolores de la golpiza, las miradas de desprecio de Don Raimundo, que pareció no querer entender las razones que le di para mostrarme tan poco melómano ese día; pues mi cabeza no soportaba el mínimo sonido, ni siquiera el de un buen trío. Pero él piensa que si aún resuello y puedo mover un dedo, no estoy haciendo el suficiente esfuerzo por complacerlo.

Cuando el hambre no me permitió seguir teniéndome autocompasión, tuve que ponerme en pie para salir en busca de algo con que calmar los desesperados gruñidos de mi estómago que, por otro lado, nunca me ha permitido cometer el pecado de suministrarle pizzas ni hamburguesas, ni hot dogs, ni suchis, ni nada de esos detestables productos que suelen ser entregados a domicilio, cosa en la que yo estoy totalmente de acuerdo con él. Por el momento, a lo único que aspirábamos mi estómago y yo, era a un buen plato de cocido con su caldo bien caliente. Pero eso no te lo entregan a domicilio; eso solo lo podría conseguir en el mercado. Así que me puse la gabardina y, casi reptando, para allá me fui.

Ahora sí tenía que pasar frente la zapatería, pero decidí desviarme, rodear por la otra calle, a pesar de mi incapacidad (no quisiera que, por mala fortuna, ella me viera pasar así, como un anciano inválido).

Después de dos reconfortantes platos del delicioso cocidito, me sentí un poco más animoso. Hasta pude soportar el ponerme los audífonos para escuchar a Alejandro Algara. El regreso a casa me pareció un poco menos torturante; incluso me sentí capaz de desviarme hasta Mamá Coneja a comprar algo de árnica, para los golpes, y cacahuates sin cáscara para reabastecer las bolsas de mi gabardina; me gusta (cuando tengo con que comprarlos) tenerlas siempre bien surtidas de cacahuates, nueces, pistaches o galletas. Aunque algo reanimado, mi paso seguía siendo el de un ancianito invidente que ha perdido su bastón. Caminaba encorvado, sin poderme enderezar. Llevaba unas cuantas cuadras penosamente recorridas, cuando oí una voz chillona gritando detrás de mí:

—¡Viejo cochino, sátiro indecente!

Como no podía correr, solo me agaché protegiéndome la cabeza con las manos y me quedé enconchado, esperando con resignación una nueva paliza. Pero la paliza no llegaba. Me atreví a arriesgar una mirada hacia atrás. Descubrí que no era doña Dorotea. Era el cholo, el Mandril, que se carcajeaba escandalosamente. El maldito muchacho, que había presenciado el bochornoso incidente del día anterior, ahora había fingido la voz de la belicosa señora, para sacarme un susto brutal.

Siempre que me asusto o me indigno en extremo, me trabo y no puedo hablar.

—¡Pero qué...! ¡Óigame...! ¡Por qué me...!

—¡Tranqui, mister, tranqui...! No se apanique. No pasa nada, es puro rebane. ¡Ja, ja, ja...!

—¡Pero, es que usted no tiene por qué hacerme jugarretas! Yo no le he dado confianza para...!

—¡Chale, chale! Cálmela, chif, no la haga de tos, no sea amargoso. Yo nomás vengo a ver qué onda con lo que le dije el otro día...

—No me interesa hablar de nada con usted, ¿me entiende?

—Ya, jefe, calme su ira. Ya perdóneme la vida, ¿no? Es que lo vi tan jodido que lo quise alivianar con un poco de rebane.

—Ya le dije que no me interesa tratar con usted.

—Pos, debía de interesarle. Ya vio qué madrina le pusieron ayer, y ni quién le hiciera el paro. Si así lo puso una delicada ñora, y ni las manitas metió, ai nomás le encargo la supermadrina que podría acomodarle un chango bien mamey, al que le cayera usté gordo.

—Si no hice nada contra esa señora, no fue porque no estuviera capacitado para contestar la agresión, sino por su condición de dama. Jamás he levantado, ni levantaré la mano contra una mujer.

—Sí, Chucha... ya se vio. No podía usté ni levantarse. ¡Ja, ja, ja... parecía cucaracha fumigada; nomás pataliaba. ¡Ja, ja, ja...!

—¡Ya, ya, ya! No me hace ninguna gracia que se esté usted burlando de mí, jovencito!

—Bueno, pues, ya. Pero... ¿tonces qué...?

—¿Qué de qué...?

—Del jale de cuidaespaldas, pues. ¿Ya ve cómo sí necesita de quién le ande quitando las broncas?

Recordé su anterior propuesta, de servirme de guardaespaldas. Solo por quitármelo de encima, le dije:

—Por ahora no puedo, porque no estoy involucrado en ningún caso importante. Más adelante, ya veré. Yo le aviso.

—¡Sale, pues, jefe...! Ai piénselo, y usté me avisa cuándo. Ai nos vidrios.

—Sí. ¡Que le vaya bien!

Al igual que la vez anterior, se alejó bailoteando y haciendo «cuernitos» y otras señales raras con los dedos y con las manos.

¿Contratarlo...? ¡Ni en sueños desearía tener un tipejo así a mi alrededor!

Al oírme entrar al departamento, Don Raimundo se incorporó en el sillón, y se quedó observándome esperanzado. Cuando puse el disco de María Victoria, él saltó, alegre, del sillón a la cómoda, se tiró al lado del aparato, y me dedicó una corta (muy corta) mirada de agradecimiento.

Yo me dejé caer en la cama, ponderando muy seriamente, si me importaba o no me importaba amanecer vivo al día siguiente.

## Espinazo con verdolagas

Algo inesperado vino a sacarme del aturdimiento en que, por varios días, me había tenido la preocupación por mi compromiso con los Misteriosos.

Ese día estaba yo oculto detrás de un árbol, escuchando muy concentrado a José Antonio Méndez, que decía: *Dios dice que la gloria está en el cielo; que es de los mortales el consuelo al morir...*, y asomando con mucho cuidado la cabeza para vigilar una puerta de donde esperaba ver salir a un sujeto al que le andaba siguiendo los pasos, cuando un fuerte sonido, como de un disparo, tronó debajo de mí y me obligó a dar un gran salto. Cuando pude comprobar que no estaba herido, que nadie me había disparado a quemarropa, volteé a ver qué había sucedido. Me encontré con una especie de simio, doblado, apretándose el estómago y haciendo ruidos extraños con la garganta, hasta que por fin pudo soltar la carcajada. Era el cholo, Roberto, el Mandril, que había arrojado un petardo por debajo mi gabardina para pegarme un susto.

Quise insultarlo, pero no me salió la voz. Estaba tan indignado que solo abrí la boca y tartajé algunas sílabas sin sentido. El Mandril, sin dejar de reír, me dijo:

—Tranquilo, jefe, tranquilo. Ya cálmese, fue una bromita.

Logré gritarle:

—¡No me hizo ninguna gracia! Yo no le he dado confianza para...

—Bájese, chif, ya relájese, no se esponje ni la haga de jamón. Y ¿qué pech? ¿Por qué está aquí, haciéndole al ensarapado? No me diga que le anda cayendo a alguna morra, porque allí no hay ninguna. Ahí vive pura viernes, pura ruca, yo las conozco. O a la mejor doña Doro tenía razón, y anda usted queriendo enseñarle a la gente sus cositas, buscándole pa que le vuelvan a partir su mandarina en gajos.

—¡No, señor! No ando de conquista ni hago esas cosas que usted dice. Estoy trabajando — contesté.

—¿Camellando aquí? ¡Chaaale...! ¿Pos qué no era usted detetive desos?

—Así es, soy detective. Estoy realizando una importante investigación.

—¿Neta? ¡Órale...! ¿Y como qué onda?

Me armé de paciencia y me puse a comentarle a detalle la labor que estaba desempeñando para la mueblería. Más por distraerme que por darle explicaciones. Cuando, después de responderle varias preguntas, acabó por entender, me dijo:

—Ah, ¿pos sabes qué, chif?, yo te puedo alivianar con esa chamba, me cai.

—¿Tú? ¿Ayudarme? ¿Y cómo me puedes ayudar tú?

—Porque yo conozco a toda la raza de por aquí. He vivido aquí en Santa Tere el resto de años, desde morrillo, y sé quiénes viven por aquí, y quiénes se han cambiado, y a dónde.

—¿De veras? ¿Me ayudarías?

—Simón, hijo. Pero solo si te mochas con alguna feriecilla pa miguelín por cada chango que te arrime, ¿va?

—¡Va! —le dije, aunque no estaba muy convencido de creerle.

Él levantó la mano y me puso la palma frente a los ojos. Yo de pronto no entendí lo que él pretendía, hasta que dijo:

—¡Ora, pues, parna...! Gifmi fai, ¿no?

Tuve que chocar mi palma con la suya, lo que me hizo sentir bastante estúpido.

Luego me dijo:

—Tons qué... Dispárate algo ¿no?, pa sellar trato, ¿no?

Andábamos cerca de la Capilla de Jesús, así que fuimos al mercado Cuarto Centenario a ordenar sendos platos de espinazo con verdolagas.

Esa misma semana localizamos a seis clientes perdidos.

## Empanadas de pescado

Con la ayuda del Mandril, el trabajo de la mueblería resultó relativamente fácil. De las doce cuentas que me entregó la gerente, logramos localizar seis la primera semana. La segunda semana decidimos dedicar un día a cada una de las otras seis. Todo iba resultando bien. Aunque, a decir verdad, había para mí algo de insatisfactorio en el asunto, pues yo no estaba realmente investigando. El Mandril era quien localizaba a los clientes, y yo simplemente hacía el trabajo administrativo y aburrido de levantar los nuevos expedientes.

La semana, pues, iba transcurriendo tranquila y productiva. Yo le mencionaba al Mandril el nombre del deudor y el domicilio de donde se había mudado, y él decía: «Ah, sí, a esos monos les dicen “los Pitufos”, se fueron pa la Colonia del Fresno, yo sé onde viven». O, «Deja ver... Sí, ya me acordé. Ésos son “Los Chúntaros”. Ora viven en la colonia Santa Cecilia. Un cuate mío los conoce bien, él me puede pasar su dirección». Luego tomábamos juntos un autobús hacia esos lugares y no tardábamos en dar con ellos y en que reconocieran sus deudas sin problema.

Así llevábamos ya cinco deudores localizados. Uno por día. El del sábado era el último de la lista. Cuando le mencioné los datos de ése, el Mandril como que quiso sonreír. Se rascó la nuca, y dijo:

—¡Órale...! Ése es el Perro. ¡Yastuvo! Sé pa onde jaló. Con ése ni siquiera hay que esperar hasta la tarde, porque ese bato nunca trabaja. Pone a su vieja a taloniar. Amos de una vez, orita lo agarramos echadote.

Tomamos un autobús hacia Federación y la 54. Caminamos un poco hasta llegar a una casa de fachada poco hospitalaria, toda pintarrajeada con letreros amenazantes.

—Aquí viven ahora los Torres —me dijo el Mandril—. Ai te dejo pa que hagas tu chamba. Yo acá te espero.

Caminó un poco y se quedó recargado en un poste viendo cómo yo tocaba a la puerta y sacaba los documentos del portafolio.

Salió un sujeto grande, semidesnudo, de semblante avinagrado, y me miró con expresión salvaje.

—¡Qué pasó! —ladró.

—¿Es usted el señor Braulio Torres? —musité.

—¡Por qué, o qué...!

—Soy investigador de cuentas de la mueblería de Santa Teresita —dije, tratando de sonreír—. Solo vengo a comprobar su nuevo domicilio.

—¡No, pos yo no soy ése, ni vive aquí ése, ni nada de nada con ése! ¿Ta claro?

Salió, empujándome con el pecho (un bloque de cemento armado) hasta abajo de la acera, y se quedó mirándome fijamente, con los puños apretados (dos ladrillos amenazantes). Luego bramó:

—¡Ora qué...!

Traté de decir algo, pero se me adelantó gritando:

—¡Se me larga mucho a... y dígales en su trinche mueblería que ya no manden a nadien, porque yo no vivo aquí!

Luego me puso una manaza en el pecho y me empujó unos dos metros, y se me volvió a acercar levantando un puño, con malvadas intenciones.

En ese momento apareció el Mandril diciendo:

—¡Cálmala, Perro! ¡Bájale a tu bronca! Ya te encontraron y ya le bailaste, méndigo, no te hagas güey. Ora que si quieres rajártela con alguien, ¡aquí con miguelito!, ¿qué te parece?

El energúmeno, al ver al Mandril se puso blanco. Luego tartamudeó:

—¡Ah, este... quiubo, Mandril! No, pos tú y yo somos cuates, ¿qué no?

—¡Cuates los aguacates, jotete! Fírmale ai, onde te dicen, y no la hagas de tos, pa que no haiga cuete.

El gorilón firmó de mala gana el expediente con el nuevo domicilio, se metió a la casa sin decir nada, y cerró violentamente la puerta.

En el autobús de regreso, le reclamé al Mandril:

—¿Por qué no me advertiste que el sujeto ése es tan violento?

El maldito muchacho se rió divertido.

—¡Ja, ja...! Nomás pa ver cómo te ponías. Hubieras visto... Parecías morrito caguengue haciendo pucheros. ¡Ja, ja, ja...!

Tuve que soportar sus puyas y sus bromillas por todo el trayecto. Afortunadamente, él se bajó del autobús en Gregorio Dávila, a donde dijo que iba «a echar líon con una de sus morras», y yo seguí hasta Andrés Terán, donde entré al lugar de Sabás, a quitarme el susto con una cerveza y unas cuantas empanadas de pescado. Y para eso, lo ideal sería escuchar en mis audífonos a Daniel Santos, ¿a quién más?

## Flautitas de pollo con crema

Entré a la mueblería encandilado. Afuera hacía un sol radiante, y adentro no había suficiente luz. Caminé directo al *mezanín*. Una voz destemplada graznó a mi espalda:

—¿Qué se le ofrece!

Volteé a ver a la amodorrada, que estaba recostada en un sofá con una fotonovela en las manos.

—Vengo a ver a la gerente.

—¡Que no es gerente, ya le dije! ¡Que es gerenta! ¿Qué no le ha visto las faldas?

Bueno, pues. Vengo a ver a la «gerenta». Me dijo que hoy, lunes, le entregara las cuentas de los morosos que ya hubiera encontrado.

—¿Y las trajo?

—Sí, las traigo.

—Pos déjeselas ai, sobre su escritorio. Ella no está, viene hasta las dos, pero me dijo que le dijiera a usted, si venía, que volviera a esa hora pa que hicieran cuentas.

Subí al *mezanín*, dejé sobre el escritorio la carpeta con las cuentas y le puse encima una de mis tarjetas. Luego me dirigí a la salida sin despedirme de la amodorrada. Cuando pasé junto a ella escuché una risilla burlona y una trompetilla.

Salí, y para borrarle la mala impresión, me coloqué los audífonos para escuchar a Toña la Negra: (*noche tibia y callada de Veracruz...*). Como andaba cerca de ahí, me dirigí al toldo banquetero de Angulo y Ramos Millán, a degustar unos tacos de carnitas (de buche y de hígado), con bastante chile jalapeño y fruta en vinagre.

Después, con toda seguridad tendría un fuerte ataque de gastritis. Así que antes pasé a la farmacia por una buena dotación de antiácidos.

Cuando regresé por la tarde, ya estaba la gerente en su escritorio, rayoneando con un bolígrafo sobre unos documentos.

—Buenas tardes —saludé—. Me dijo su asistente que...

Sin levantar la vista, solo me indicó con un dedo hacia un lado, donde se encontraba la carpeta que le dejé, encima de ésta había un sobre y una hoja de papel.

—Ahí está la relación —me dijo—. Cuente el dinero, y si no está conforme, dígamelo, para revisarla juntos.

Las cuentas estaban muy claras, y el dinero era justamente lo que correspondía. Ni un centavo más, ni un centavo menos. Antes de que yo dijese nada, me gruñó:

—¿Conforme...?

—Conforme —contesté.

—Pues que le vaya bien. Gracias por su trabajo. Hasta ahora ha sido el mejor en «Recuperaciones». Ya que pase un tiempo, dese una vuelta, para ver si hay más. Adiós.

—Eh, sí, adiós... muchas gracias —musité.

Al final, no fue mucho dinero, pero algo podría compartir con el Mandril. Además, tal vez seguiríamos operando en sociedad, pues la gerente quedó muy conforme con el resultado, y parece

que seguiría solicitando mis servicios.

Salí al frescor de la tarde apretando el sobre dentro de la bolsa de mi gabardina. No pude, como había pensado, festejar con algún platillo interesante de lo mucho que hay en la zona, porque un fuerte ataque de reflujo (nervioso, tal vez) me lo impidió. Tuve que consumir varias tabletas de antiácidos y acostarme sin cenar.

Al día siguiente busqué al Mandril para compartir los emolumentos al cincuenta por ciento. Cosa que él mucho me agradeció. Tomó el dinero, y me dijo:

—¿Sabes qué, carnal? Una de mis morras trabaja de cocinera en una de las fonditas del mercado. Hace unas flautitas de pollo con crema, de poca jefa. Ora yo te invito. ¿Juega?

—¡Juega el pollo! —contesté.

Y le puse la palma de mi mano para que la chocara con la suya (luego me sentí bastante tonto, por supuesto).

## Tortitas de chinchayote en salsa de tomate

Desde hace días ando casi sin un centavo y sin nada que hacer, pues sigue sin caerme ningún trabajo. He tenido mucho tiempo para pensar en algo que me había tenido tan preocupado, pero que al parecer, ha dejado de ser problema: los Misteriosos. Hace varios días que se consumió por completo el adelanto que me dejaron, y no sé nada de ellos. Haciendo memoria, desde la vez que se me aparecieron en la tortería, han pasado casi tres meses. Si en este tiempo no me buscaron, tal vez ya no me buscarán más. Pero ¿qué puede haberles sucedido? Como no sé en qué clase de asuntos se ocupen, tal vez la cárcel... tal vez los liquidaron... o tal vez simplemente no me han encontrado, pues, no recuerdo que me hubiesen pedido otros datos personales que mi nombre real, para poder endosarme el cheque. Por lo pronto, cada día se desvanece más mi preocupación sobre ese asunto, con la esperanza de que no vuelvan a aparecer.

Esta mañana me presenté en la mueblería para ver si tenían un nuevo caso que encomendarme. A pesar del resultado tan exitoso de mi labor (gracias al Mandril), pues la misma gerente admitió a regañadientes que nunca había tenido a alguien tan eficiente en el área de «Recuperaciones», sigo sintiéndome como un simple piojo ante la prepotente gorda. Por más que me preparo anímicamente para el momento, cuando estoy frente a ella me tiemblan las piernas y se me adelgaza la voz.

Entré a la mueblería con actitud firme y decidida, caminando con altivez, silbando, con el sombrero echado hacia atrás y con las manos en las bolsas de la gabardina. Llegué frente a su escritorio, y ella, sin levantar la vista de unos documentos que hojeaba, me soltó su voz rasposa:

—¡Qué se le ofrece!

—Eh... Sí, buenos días. Me dijo usted que dejara pasar un tiempo para...

—¿Y ya pasó?

—¿Cómo dice...?

—¿Ya pasó un tiempo? —hablaba sin levantar la cabeza.

—Este... sí... ya pasó.

—Pues no hay nada todavía, dese otra vuelta.

La amodorrada del plumero andaba por ahí, merodeando. Cuando notó mi nerviosismo, me dedicó una sonrisilla burlona.

—Perfectamente —musité—. Muchas gracias.

Y di media vuelta, empezando a arrastrar los pies con la cabeza gacha.

—¡Oiga, espérese! —me detuvo la gorda—. ¿No le interesa trabajar de cobrador? Acabo de correr al abonero, por inútil.

No tuve el valor necesario para seguir caminando sin detenerme y, sin voltear, para contestar con un simple «no, gracias». Con el ánimo completamente resquebrajado y mi voluntad en sus garras, regresé, como un autómatas, a ponerme frente a ella.

Ella puso los tacones en el piso (sentada, las piernas le colgaban sin llegar al suelo) y volvió a taconear hasta el archivero, volviendo con otra carpeta.

—Son cuentas difíciles de cobrar —me dijo—. Clientes morosos o que se niegan a pagar. Tendrá que imponerse. El diez por ciento de lo que cobre será para usted. ¿Ya consiguió bicicleta? Negué con la cabeza.

—Bueno, allá usted. Repórtese cada tarde, pero si no trae dinero, ni venga. No tendré tiempo de atenderlo.

Así, salí otra vez, casi reptando, con una nueva carpeta bajo el brazo.

Pero ahora sí crucé la calle hacia el mercado. Sé que los viernes hay tortitas de chinchayote en salsa de tomate, me alcanzaba el dinero para un plato, y me urgía un momento de reconfortación. Ya mañana empezaría de nuevo a solicitar crédito en las fondas, y préstamo a los amigos.

Cuando pasaba por la cabina de los taxis, alcancé a distinguir otra sonrisa burlesca: la del encargado del teléfono, cuñado de la gorda.

En mis audífonos Chelo Silva decía que *por tener la miel amarga de sus besos...*

He comentado con Don Raimundo mi percance con la gerente de la mueblería. Pero al parecer él no lo consideró un gran problema. Simplemente bostezó, se estiró un poco, y se volteó de cara a la pared. Lo interpreté como: «¿Qué otra cosa se podría esperar de ti? Allá tú...».

## Gorditas fritas con chile de molcajete y champurrado

Desperté tarde, con la incertidumbre del mañana, sin saber si tendría lo suficiente para la subsistencia del día. Hice recuento de los haberes monetarios, y comprobé que al menos para el desayuno sí me alcanzaría el pecunio. Así pues, como amanecí hambriento, decidí desayunar bien. De los siguientes alimentos del día, me ocuparía después. Localicé a Los Duendes en mi aparatito digital, y salí a la calle con una muy baja dosis de entusiasmo.

Al dar la vuelta en una esquina, me alcanzó el Mandril. Agarró mi paso y se fue caminando junto a mí, sin voltear a verme, y en voz baja me dijo:

—¡Aguas, chif, trais cola a las seis!

—¿Cómo?, ¿que traigo qué?, ¿a las seis, qué?

—¡Oh, pues! ¡Agarra la onda, carnal! Que te vienen siguiendo. Vienen detrás de ti, eso quiere decir «a las seis». Pero no voltiés, ai síguele como si nada pa onde vayas y no voltiés patrás. Yo te voy a andar clachando.

Luego se apartó, cruzó la calle, y se puso a simular que estaba sacudiéndole el polvo a un auto con su franela.

Como me dirigía a Kamilo's, a desayunar, ahí llegué, entré y me senté en una mesa no muy a la vista y que en cambio me permitiera vigilar la entrada, para poder ver a quienes me venían siguiendo (por si eso fuera verdad).

Pasó un buen rato y no entraban más que clientes habituales. Empecé a pensar que había sido una de las bromas del Mandril. Iba por la segunda orden de gorditas fritas y mi segundo champurrado, resolviendo en mi periódico el crucigrama del día y escuchando con concentración a Los Duendes, que decían que *día sin sol, árbol sin hojas, así es mi amor, sin esperanzas...*, cuando escuché a mis espaldas la voz tipluda:

—Buen día, señor Bond. ¡Qué sorpresa encontrarlo aquí!

Eran (¡claro!) los Misteriosos. Habían entrado por la puerta trasera, la del estacionamiento. Como me agarraron con la boca llena, solo pude pelar los ojos, y estuve a punto de arrojar el bocado. Pero alcancé a reponerme y hacerles una seña con la mano, de que tomaran asiento. Se sentaron ambos frente a mí.

—¿Cómo se encuentra usted? Nosotros hemos andado *sumamente* ocupados. No hemos podido buscarlo antes.

—¿Y cómo es que me han encontrado ahora? —pregunté, todavía atragantándome un poco.

—Fue pura casualidad —dijo el gordete—. Simplemente se nos ocurrió entrar a desayunar, y afortunadamente lo encontramos.

Por un momento se me fue la sangre a los talones, pensando que me iban a decir: «Nos equivocamos. Regrémenos el dinero».

—Pero, por suerte —dijo el alto—, eso nos da la oportunidad de disculparnos nuevamente por no haber podido cerrar ese asunto que tenemos pendiente con usted.

Eso me tranquilizó de momento. Significaba que aún no estaban listos para hacerme cumplir el misterioso trato. Nuevamente se desató en mi mente la pugna entre las dos emociones: la esperanza (ya sería el colmo) de un nuevo adelanto que me salvara de la inminente ignominia, y el terror de que la deuda creciera, dejándome tremendamente atado a quién sabe qué oscuro compromiso con ellos. Se acercó Abel, uno de los meseros. Ambos ordenaron pantagruélicas porciones de todo.

—¿Gusta ordenar algo para usted? —me preguntó el gordo.

No quise ser aprovechado. Solamente le hice a Abel una discreta seña con la mano, de que me volviera a repetir la orden de gorditas y champurrado.

Ésta fue otra sesión de comer y mirarse. Pues cada que ellos adivinaban mi intención de querer comentar o preguntar algo, se ponían a murmurar entre ellos en voz baja. Por fin, cuando dejaron limpios sus platos, el alto bostezó y me dijo:

—Y, díganos, señor Bond, ¿cómo anda usted de fondos? Estamos conscientes de que al solicitarle su exclusividad, le estamos impidiendo tener otras entradas de liquidez, y no queremos que salga usted perjudicado en nuestro trato. Así que, con confianza, díganos si requiere un nuevo anticipo.

El gusto y la sorpresa me hicieron soltar un gran eructo. Luego me puse a tartamudear:

—Bueno... yo... no sé si... la verdad... pues... ¡¡Francamente sí!!

—Claro —dijo el gordo—, es natural. Lo haré por la misma cantidad, ¿está bien?

—Bueno... pues... Sí, gracias, y al mismo nombre del anterior —musité.

Puso el cheque en la mesa, se levantaron, me dieron la mano y salieron por la puerta del frente, no por la del estacionamiento, que era por donde habían entrado.

Me quedé a esperar el tiempo suficiente de que se alejaran, pensando si sería prudente para mi estómago encargar otra orden de gorditas y otro champurrado, y oyendo a Los Duendes, que decían: *desde lo lejos vino una amenaza, y lloré. Pero en tu alma brilló la esperanza, y se fue, se fue todo el mal...* De pronto sentí un palmotazo en la espalda que me hizo pegar un gran salto en la silla.

—¡Qué pasó chif! ¿Qué onda con esos batos?

Era el Mandril, que llegó también por la puerta del estacionamiento.

—¡Qué bárbaro eres, qué susto me sacaste! —le ladré, disgustado.

—Ya, ya, cálmate, broder... Yo cuidándote el trasero y tú me regañas. Mejor agradéceme, ¿no?

—¿Cuidándome de qué...? Son mis...

Iba a decir «son mis amigos», pero no podía decir eso, pues no lo eran. Tampoco podía decir «son mis clientes», porque formalmente, tampoco lo eran aún.

—Son unos conocidos míos —dije.

—Pos píchame algo, ¿no? —dijo—. Tú ya jambaste, pero yo todavía ando con la panza de farol. Mientras se despachaba unos chilaquiles con un café de olla, me dijo:

—Serán muy conocidos tuyos, pero te andaban licando desde que saliste de tu congala.

—¿De mi qué...?

—De tu depa, pues, hombre.

—¿Y cómo sabes tú dónde vivo?

—Porque yo también te seguí una vez. Si andamos haciendo tranza juntos, tengo que tenerte bien marcado, ¿no crees?

Solo pude dejar salir un gruñido de desaprobación.

—Te andaban siguiendo muy sospechudamente, chif. Se cuidaban de que no los fueras a descubrir. Te colieron hasta aquí, a la puerta de entrada, luego se fueron a rodiar por el estacionamiento pa llegarte por detroit. Creí que te iban a dar caña a la mala, porque andan armados. Train fusca los dos.

—¿Cómo sabes que andan armados? —pregunté.

—No seas inocente, hijo. Esos bultos luego luego se notan. Por cierto, esa chingaderita que tú traís haciendo bulto debajo de la sotana, no chorea a nadie. Cualquier morrito se cagaría de risa al verla. Pero ¡aguas con esos batos, carnal! No les hagas confianza.

Solo por tranquilizarlo, le dije:

—Gracias, Mandril, me voy a andar con cuidado.

—¿Ves, cómo te convendría contratarme de sombra, carnal?

—Tal vez —dije—. Lo voy a pensar.

Esta vez, en verdad me quedé muy intrigado.

## Tostadas de marlin y aguachile

Contando nuevamente con dinero para sobrevivir por otra temporada, no vi la necesidad de continuar con la engorrosa nueva tarea que me había endilgado la gorda gerente de la mueblería, y que yo tan pusilánimemente había aceptado porque no había sido capaz de rechazarla. Y es que había estado tan desesperado por la falta de dinero, que hasta llegué a verlo como una opción. Ahora, ni necesitaba ni quería ese encargo. Si había aceptado el anterior fue porque, de alguna forma, tenía que ver con la investigación. Me servía de práctica para perfeccionar mi oficio. Pero esto de obligar a los morosos a pagar, no tenía nada que ver con lo que yo entendía como labor detectivesca. De detective a cobrador había mucha distancia. Aunque... ¿tendría yo el valor de ir a encarar a la prepotente gorda para decirle que siempre no aceptaba su trabajo? ¿Cómo enfrentar a esa mujer sin tener siquiera un par de guaruras que me defendieran? ¿Sería yo tan decidido como para encararla y devolverle la carpeta con los expedientes de los morosos después de que la había aceptado sin chistar? La verdad, no estaba tan seguro de poder hacerlo. En todo caso, no por el momento. Dejaría pasar un poco de tiempo. Ya pensaría en alguna forma de hacerlo sin correr ningún riesgo. Si la energúmena dama, doña Dorotea, me había dejado casi incapacitado por tres días, no sé lo que sería capaz de hacerme la despótica y malhumorada gorda. Además, después de este último encuentro con los Misteriosos había quedado muy claro que mi deber por ahora consistía en estar desocupado, sin contraer ningún otro compromiso para que, en el momento que ellos lo decidieran, estuviese yo ahí, dispuesto, sin más compromiso que su asunto.

Pero por lo pronto, ese día estaba yo cumpliendo con otro pequeño compromiso: había quedado con el Mandril en encontrarnos en el bar Los Potrillos (él escogió el lugar) para informarle si había nuevos encargos de la mueblería sobre cuentas perdidas que pudiésemos resolver en sociedad. Ahí estaba yo, pues, concentrado en mi crucigrama: «Cerro aislado que domina un llano... (Cinco letras)» y escuchando a Nat King Cole, que decía en mis audífonos: *aquellous ojours verrdeiss, serrenos como un lagou...*, cuando llegó él, canturreando, tronando los dedos y bailoteando.

No lo había pensado, pero al ver al cholo, discurrí que él podría ser la solución a mi problema con el nuevo expediente.

—¡Qué onda, mi Colombo de petatiux! ¿Por onde masca la iguana?

—Eh... ¡Qué tal...! Te suplico no me pongas apodos —protesté.

—¡Oh, pues!, no te azotes que hay chayotes. ¿Ya estás pex o todavía nox?

—Este... solo pedí una cerveza.

—¿Y qué?, ¿qué vas a pichar?

—Pide lo que gustes. Yo termino mi cerveza y me voy. Tengo algo que hacer.

Pidió dos Estrellitas y un Tequileño blanco doble. Quiso botana de jícama y unos cacahuates; exigió de los nuevos, que no le fueran a poner de los rancios. Que los limones fueran recién partidos y que le cambiaran la sal a la cazuelita, que le pusieran nueva. Ah, y que le trajeran chile de árbol molido, y no salsa de botella. Luego me miró con una gran sonrisa, y me dijo:

—¿Y qué pech? ¿Nos cayó jale, o qué?

—Sí —le dije—, pero como por ahora no hay de los mismos expedientes que trabajamos antes, nos ofrecieron algo mejor —mentí de manera bellaca—: se trata de la cobranza de cuentas morosas. El diez por ciento de lo que se cobre, sería para nosotros. ¿Qué te parece? Y lo mejor de todo, es que, como de momento yo no puedo dedicarle tiempo a eso porque tengo otros compromisos, quiero pasarte a ti el encargo. De lo que cobres, el siete por ciento es para ti, y solo el tres para mí. ¿Cómo ves?

—¡Vientos huracanados! A ver... deja echarle una guachada a eso.

Tomó los expedientes y les echó una rápida mirada a las cantidades. Luego se rio y dijo:

—Tenquius, chif, pero niguas. Pa cobrar esa méndiga marmajilla, si es que se dejan cobrar, me pasaría meses en el intento. Gano más de franelero.

Me sentí humillado. Este muchacho, casi analfabeto, se dio cuenta con una sola mirada de ese absurdo numérico que, ciertamente, me habría hecho trabajar demasiado tiempo por solo unos cuantos pesos.

Debe haber notado mi expresión de desaliento y de frustración, porque dijo:

—Pero, ¿cuál es la bronca, parna? Se los retachas y ya, ¿no? Dile a la ruca que nos esperamos a que haiga de las cuentas que ya chambiamos. Ésas son muy papitas y nos convienen más. ¿O qué...?

Tuve que confesarle mi incapacidad y mi falta de valor para devolver la carpeta. Para justificar mi poco carácter, le hice una descripción mucho más tremenda de la horrorosa gerente. Al final, me dijo:

—¿Eso es todo...? ¡Chántala, broder! No te apures pa que dures y madures. Suéltame unos tlacos y yo se lo llevo mañana mismo. ¡A mí esa ruca me viene guanga!

Con todo gusto le entregué la carpeta y cincuenta pesos. Una rápida imagen cruzó por mi mente y me hizo sentir una momentánea felicidad: imaginé las caras de sorpresa y desconfianza de la gorda y la amodorrada, viendo la figura del Mandril al entrar a la mueblería. Me sentí tan aliviado y agradecido, que no pude evitar decirle:

—¿Qué te parecerían unas tostadas de marlin y un aguachile ahí en El Carnal? Yo invito.

—¡Pos, chido, carnal!

—¡Chido! —exclamé (y me sonrojé al decirlo)—. ¡Vamos, pues, carnal! (otra vez me sonrojé).

## Charales, caldo michi y mojarras fritas

He estado aprovechando algunos domingos (cuando cuento con recursos pecuniarios) para salir a poblaciones cercanas, a pasear. Me encanta viajar en autobús, porque puedo escuchar con toda tranquilidad las series de boleros que para el caso programo, pero sobre todo, voy para dejar en los postes de esos lugares algunos volantes anunciando mis servicios como investigador. Tal vez ahí surtan más efecto que en Guadalajara. Lugares como Ocotlán, Cocula, Tepatitlán, Sayula... Poblaciones cercanas a donde pueda ir y regresar en autobús el mismo día.

A la gente de esos sitios le llama mucho la atención mi atuendo de detective. Es cierto que la gabardina no es muy cómoda para viajar, sobre todo en días muy calurosos, pero sin ella difícilmente se me podría identificar como un auténtico investigador.

Este último domingo, estuve en Chapala. Caminé un poco por el malecón del lago, compré una bolsa de charales fritos y la vacié en los bolsillos de mi gabardina para andar «picoteando» todo el día. Luego me fui a recorrer algunas calles, para colocar mis anuncios.

Me encontraba distraído alisando con la palma de la mano un volante que acababa de pegar en un poste, y oyendo a Lupita Palomera declarar que *su canario ya no canta, porque te has ido tú...*, cuando sentí un par de palmaditas en el hombro. Volteé a ver, y... ¡un policía! (¡ah, cómo les temo!). Él levantó unos espesos bigotes enseñando los dientes en lo que parecía una sonrisa, pero era más bien una mueca sádica (¿Chicote?, sí... en versión de villano), y dijo:

—¿Qué pasó, amigo! Quite eso de ahí, amigo. Y acompáñeme, amigo.

—¿Por qué, ami... digo... oficial?

—Porque eso aquí no está permitido, amigo. Aquí no se puede andar pegando papeles en los postes, ni en ningún otro lado, amigo.

—Muy bien —dije—, voy a quitarlo.

—No —me dijo—, no lo quite, nomás pague la multa.

—¿En dónde? —pregunté.

—A mí —dijo, y me enseñó los dientes de nuevo.

—Y... ¿cuánto?

—Pos, ahí unos cincuenta pesos, ¿no?

—Que sean veinte —dije.

—Que sean treinta, y lo dejo que siga pegando papeles —dijo.

Le di los treinta pesos. Ya con el dinero en la mano, me dijo:

—Oiga, amigo, ¿y si me da los cincuenta, y le ayudo a pegar?

Le entregué los volantes que me quedaban, la cinta adhesiva y los otros veinte pesos, y ya me pude ir tranquilo a una enramada a despacharme un delicioso caldo michi, un par de mojarras fritas y una cerveza, que con Lupita Palomera en mis audífonos diciendo que *junto al mar le dijeran el último adiós*, los disfruté más.

Después de comer se me ocurrió ir a constatar que el polizone hubiera hecho el trabajo, como acordamos. Comprobé que sí. Que además de los postes en los que yo dejé volantes, había otros,

aunque no muchos más, en los que también los había.

Al dar vuelta en una esquina, me topé con él. Me dijo:

—Quiubo, amigo. Yastuvo su asunto. Ora, por otros veinte pesos, vigilo que los escuincles no los vayan a despegar. Al menos por ora; pa mañana ya no me comprometo.

Como ya no me quedaba dinero más que para el pasaje de regreso, le contesté:

—Lo siento *amigo*, pero ya no tengo dinero, *amigo*. Para la próxima vez vendré más preparado, *amigo*.

—Ta bueno, pues, amigo. Ai pa l'otra. ¡Ah, oiga!, por cierto, un gringo preguntó por usted hace ratito.

—¿Un gringo? ¿Un gringo preguntó por mí?

—Sí, amigo.

Sentí una oleadita de entusiasmo. Tal vez el gringo tenía algún trabajo interesante que proponerme.

—¿Y qué se le ofrecería, no dijo?—pregunté.

—Creo que lo quiere contratar pa que le busque un perro.

—Cómo que quiere que le busque un perro. ¿Por qué no lo busca él?

—No, pos si ya lo ha estado buscando, pero no lo encuentra.

—Que vaya a una veterinaria o a una tienda de mascotas; allí venden muchos.

—No, hombre. Si el chucho era de él. Se lo robaron. Mire, me dejó su domicilio, por si quiere usted hablar con él.

—No, no creo—dije.

Pero luego rectificué:

—Bueno, sí, iré a hablar con él, pero para decirle que no me interesa ese caso. No quiero tener nada que ver con perros.

—Piénselo bien, amigo. Ese gringo tiene mucha lana, y creo que le pagaría muy bien.

—Yo vivo en Guadalajara —le dije—. Para buscar ese perro tendría que venir todos los días.

—Usted vaya y dígame al gringo que sí. Yo me encargo de buscar al chucho. Cuando lo tenga, le aviso, y usted viene y se lo entrega. A mí usted me da unos dos mil pesos, y usted le cobra al gringo lo que quiera.

Planteada así de simple, la idea me pareció buena, aunque un poco extraña.

—¿Y por qué no lo entrega usted, si lo encuentra? —dije—. Así el dinero sería todo para usted.

—Si se lo entrego yo, como policía que soy, no me daría nada, porque es mi obligación de funcionario público. Y si se lo entrega otra persona que yo mande, corre el riesgo de que lo tomen por secuestrador de perros, y puede que hasta lo metan al tambo. Pero si se lo entrega un investigador contratado por él mismo, ése sí le puede cobrar la lana sin ningún riesgo, ¿o no? ¿Cómo ve...?

Pensándolo bien, ¿qué podía yo perder? Si el polizone no encontrara el perro, yo no perdería nada. Pero si lo encontrara, me ganaría un dinerillo sin hacer ningún trabajo, más que entregar al perro. ¿Cómo podía dejar pasar la oportunidad? Le dije que aceptaba su propuesta. Me entregó el papelito con la dirección del gringo, y yo le entregué una de mis tarjetas. Luego él chocó su puño con el mío (otro saludo que me hace sentir como un tonto), y me dijo:

—Sale pues, amigo. Es un trato. —Y agregó—: La casa del gringo está ai nomasito, amigo, a dos cuadras, cerca del malecón. Ya quedamos. Va a ver cómo lo llamo a usted pronto, pa darle

buenas noticias, amigo.

En efecto, la casa se encontraba a dos cuadras, como dijo él, y el número estaba bastante visible. Llamé a la puerta. Salió un hombre alto, canoso, de unos sesenta años, en bermudas y chancletas, con sus lentes en la cabeza y una camiseta color rosa mexicano bastante holgada. Le dije:

—¿Usted preguntó por mí, amigo... digo... señor?

Él, al verme alzó las cejas y me observó un momento admirado. Arrugó la cara con una enorme sonrisa (seguramente complacido de mi aspecto tan profesional), y dijo:

—¡Guau, dijo el pérou! ¿Es usted el investrigador, senior?

—A la orden de usted —contesté, complacido por el efecto positivo que sin duda le causó mi aspecto—. ¿En qué puedo servirle?

—¡Buenou, buenou, buenou...! —no dejaba de sonreír al máximo, examinándome—. Poes mira, senior: io muy encaberonadou poreque alguerien se robó mi pérou. ¿Tú puede aiudareme a tenerlo paratrás conemigou? Estas tengo fotou de mi pérou.

Me tomó del brazo y me llevó hasta un juego de equipales con cojines excesivamente vistosos. Toda la sala estaba decorada con motivos y cacharros de artesanía mexicana, barata y de mal gusto.

Ahí me mostró dos fotos de un pastor alemán cachorrón. Una de frente, en la que se le veía perfectamente la cabeza, con un paliacate rojo atado al pescuezo, y otra de perfil, sentado, muy formal. Si hay algo a lo que yo le tenga pavor (después de los polizontes) es a los perros. Pero éste se veía amigable. No parecía ser agresivo.

—Mi pérou se iama Roderigou —dijo el gringo—. Tiene uno coiar debajo su panuelo. Él mui carenoso con mí. Io necesita a él very mach. Tengo muy prrnto que tú lo encuentres. ¿Tú puede aiudar mi, or not?

—Pues, haré todo lo posible. No sé si lo logre, pero lo intentaré —dije.

—¿Y coantou tú vas a coberar a mí?

Tuve que titubear un momento, pues no había pensado en eso. Por fin dije:

—Eh... ¿le parece bien cinco mil pesos?

—Está mocho dinerou, perro si tú trae mi pérou, io te paga eso, ¡me cai!

Extendí la mano para despedirme, y él me la chocó tan fuerte que tronó como un disparo. Luego soltó una gran carcajada, y me palmeó la espalda, más empujándome que guiándome hacia la salida.

Regresé a Guadalajara escuchando a María Luisa Landín diciendo que: *no sabe hasta cuándo seguirá esperando que cambie su suerte o venga la muerte como bendición*, y pensando que no había posibilidad de que volviera a ver al gringo ni al policía. Cuando un perro se pierde hay muy pocas posibilidades de que se le recupere. Para colmo, metí la mano en la bolsa de la gabardina para tomar algunos charales, y me encontré con las fotografías del perro. Me había olvidado de entregárselas al policía. Eso, según mi criterio, reducía a cero las probabilidades de encontrar a ese can.

## Enchiladas y sopes surtidos

Mi gran sorpresa fue que al siguiente día de mi viaje a Chapala y del asunto del perro, todavía era muy temprano cuando recibí una llamada del poli (recordé que le había dejado mi tarjeta) diciéndome que había encontrado al chuchó. Que ya podía ir por él para que se lo entregara al gringo.

Yo no me explicaba cómo había podido suceder eso, sin las fotografías. Sin embargo, aun dudando de que fuese el mismo perro, tomé un autobús de regreso al lago.

No tuve que buscarlo, el polizonte me estaba esperando en la terminal de los autobuses, con el perro atado a una correa. Era el mismo, no cabía duda. Cuando le pregunté cómo había hecho para localizar al can y para saber que se trataba del mismo que buscaba el gringo, sin tener las fotografías, solo me cerró un ojo, levantó el mostacho para enseñar los dientes, y me dijo:

—Chingonazo que es uno, pues, amigo.

Nos dirigimos con el perro a la casa del dueño. Algo olía muy mal en este asunto (ésta es otra frase que usamos con frecuencia los investigadores). A cada momento me convencía más de que ésta era una argucia del polizonte. Por supuesto que no quería participar yo en su juego.

Cuando llegamos a la casa del gringo, me dijo el poli:

—Pos éntrele ustedé, amigo. Yo aquí lo espero. Nomás acuérdesese que mi lana son dos mil pesos. ¡Que no se le oool-vi-de! —Y sonrió, pelando los dientes amenazadoramente.

Él se quedó en la esquina, sentado en el quicio de una puerta, a esperar que yo saliera.

El gringo, al verme con su cachorrón, exclamó con exagerada alegría:

—¡Guau, dijo el pérou! ¡Ay, ay, ay, pásale, pásale, senior! Tú estás chingón, investrigador, senior. ¡Ay, ay, ay! —Abrazando y apapachando efusivamente al cachorro.

No quise dar más oportunidad a que me siguiese alabando. En pocas palabras le expliqué lo que yo sospechaba que estaba ocurriendo con el policía: que seguramente estaba en contubernio con alguien, o que él mismo había secuestrado al perro. Que no podía yo aceptar el pago que habíamos acordado, pues de hacerlo me convertiría en cómplice del polizonte. Que solo aceptaría el importe de los pasajes del autobús y los taxis. Él estuvo de acuerdo, pero contra toda mi voluntad, me hizo aceptar mil pesos más. Me dijo que por el poli no me preocupara, que la Asociación de Residentes Gringos de la Rivera del Lago, se ocuparía de él. Luego me hizo salir por una puerta trasera.

Tomé el autobús de regreso escuchando a José Antonio Méndez: *Dios dice que la gloria está en el cielo, que es de los mortales el consuelo al morir...*, y pensando en que hace ya varios días que se consumió por completo el segundo adelanto que me dejaron los misteriosos, y aún no dan señales de vida. He tenido la sensación de que me vigilan desde lejos, pero no lo he podido comprobar. Eso es algo que acrecienta mi nerviosismo. ¿Qué traman? ¿Qué pretenden? Ya me acabé su dinero, y aún no sé lo que esperan de mí...

Cuando llegué a Guadalajara pensé que el poli estaría aún ahí, en aquella esquina, esperando mi salida de la casa del gringo. Lo único malo es que, para evitar un mal encuentro con el poli, al

igual que a Ciudad Guzmán, ya tampoco podría regresar a Chapala por un buen tiempo (¿quién me manda andar haciendo tratos con polizontes?).

Ya en mi departamento, anoté en mi bitácora lo ocurrido. Un caso cerrado más. Estuvo bien resuelto, y yo tenía mil pesos en la cartera. Podía ir a festejar en La Gorda con una buena orden de enchiladas y otra de sopes surtidos. Y después, una buena película en compañía de Don Raimundo (si es que él está de humor).

Pues, al fin, parece que Don Raimundo se ha instalado definitivamente en mi departamento. Sus dueños se cansaron de mantenerlo y de tener que abrirle la puerta a deshoras todas las noches, sin que asuma responsablemente su papel de gato de familia. Ellos han conseguido otro gato más dispuesto a hacerse cargo de esa responsabilidad. A Don Raimundo ya no se le abrirá esa puerta ni se le alimentará más en esa casa. Cosa que al gato pareció no importarle mucho. Simplemente se adueñó de mi sillón para dormir por las noches, y si lo que le dejo para que coma no le agrada, él se las ingenia para conseguir, en otros desprevenidos departamentos, cosas que sean más de su gusto.

Pero, parece que está consciente de que yo también lo podría echar en algún momento, porque su prepotencia hacia mí ha disminuido ligeramente. Se ha vuelto un poco más tolerante para escuchar mis largos monólogos. Pero eso no significa que se reprima de expresar, a su manera, su crítica opinión sobre ellos.

## Enfrijoladas con cecina

Pasaron varias semanas desde que envié al Mandril a devolver la carpeta a la mueblería, y no había vuelto a saber de él. De pronto me entró una duda: ¿qué seguridad tenía yo de que él realmente hubiera entregado la carpeta? ¿Sería capaz de haberme cobrado el servicio y simplemente haberse desecho de la carpeta en algún basurero?... Aunque le reconocía el haber demostrado por momentos un cierto sentido de la ética y la lealtad, por otros momentos me parecía bastante cínico y aprovechado.

Solo había una manera de saber si había cumplido con el encargo: preguntar en la mueblería, ya sea acudiendo a indagar personalmente si lo había entregado, o bien, llamando por teléfono desde el lugar donde me encontraba. Obviamente, opté por lo segundo. Reuní toda mi entereza, tomé mi celular, y marqué al número de la gerencia. La voz rasposa contestó:

—¿Qué se le ofrece!

—Eh... Buenas tardes. Habla el señor Bond. Sherlock Bond.

—Ah, es Juan, el del algodón. ¡Y qué se le ofrece!

—Es acerca del último expediente que usted me...

—¡Sí, qué pasa con eso!

—Se lo envié con un joven, y quisiera saber si lo recibió.

—Sí, me lo entregó. ¡Y qué con eso...!

—Nada solo quería asegurarme de que...

Colgó.

Me sentí aliviado, pues no me reclamó nada y, por fortuna, esta vez no intentó endilgarme otro de sus encargos. No sé si hubiera sido capaz de rehusarme.

Pues bien, el Mandril había cumplido. Ahora me parecía aun más extraño que me hubiera dejado en paz por tanto tiempo. No es que lo extrañara, por supuesto, siempre me había inquietado un poco su presencia. Simplemente me parecía algo rara su desaparición. Pero, en fin, allá él.

Seguí, pues, ya más despreocupado, dando cuenta de mis enfrijoladas con queso cotija y cecina asada, en la fonda Los Comales; terminando mi crucigrama y oyendo a Ana María González decir: *no me pidas que te quiera, porque te estoy adorando...*

## Chilaquiles rojos con huevos estrellados

Esta vez no me encontraron comiendo; andaba yo vagando por la avenida Chapultepec, con Gaby Daltas diciendo en mis audifonos que *cuando aparezcan los hilos de plata en tu juventud, como la luna, cuando se retrata en un lago azul...*, cuando me los topé de frente. Varios meses habían pasado ya desde la última vez que hablamos, y aún no me reponía de la impresión, pero en lugar de correr huyendo de ellos, por poco corro a abrazarlos. Tal era ya mi desesperación por la falta de dinero.

—¡Amigo Bond! —dijo el alto—. ¡Qué casualidad, íbamos en su busca!

—¡Hombre, los señores Antonio Aguilar y Javier Solís —dije yo.

—Queremos hablar con usted —dijo el gordo—. ¿Quiere que nos sentemos a platicar?

Estábamos de pie, junto a una banca del camellón, desocupada, pero yo llevaba casi dos días sin probar bocado, y como también estábamos frente al Café Azteca, los tomé a cada uno del brazo, diciendo:

—¡Cómo no, con todo gusto!

Y los conduje, casi corriendo, a cruzar la calle e introducirnos al café. Era ya más de media mañana; la hora del desayuno había pasado, y el lugar estaba casi vacío (uno o dos aburridos de café). Nos sentamos. El gordo me miró un momento, y preguntó:

—¿Qué gusta tomar, un café, un té, una cerveza...?

El mesero estaba ya junto a nosotros.

—Eh... algo ligero —dije, dirigiéndome al mesero—. Unos chilaquiles rojos con tres huevos estrellados y bastantes frijolitos por un lado, y pan, mucho pan, por favor.

El mesero levantó una ceja, pero dijo:

—Inmediatamente, señor.

Ellos ordenaron solo café.

Mientras devoraba sin ningún pudor mi desayuno, ellos me observaban con expresiones inciertas. En ese momento no me importaba lo que pensasen ni lo que me fuesen a proponer. ¿Quién iba a andar con remilgos morales cuando estuvo a punto de morir de hambre? Antes de tres minutos había dejado limpio el plato. Me dio pena repetir la orden, pero al menos había llenado en parte el enorme vacío que sentía en el estómago. La velocidad con la que había vaciado el plato me hizo eructar un par de veces. Pero luego, ya repuesto, recuperé el estilo. Cogiendo con delicadeza la taza de café, tomé un sorbo, y luego la deposité con todo cuidado en su platito. Y, frotándome las manos con elegancia, dije:

—¿Y bien?, ¿qué me cuentan?, ¿por fin será mi turno de actuar?

—Verá, amigo Bond —dijo el alto, remolineándose en su silla—, estamos *sumamente* apenados con usted.

Por un momento se me fue la sangre a los talones, pensando en aquello de «nos equivocamos, regrésenos el dinero». Pero luego el gordo tomó la palabra para decir:

—Sí... muy apenados. Resulta que unos percances inesperados han retrasado nuestro proyecto. Pero eso, por supuesto, no es culpa de usted. Queremos, como antes dijimos, tenerlo disponible para cualquier momento en que se precise su actuación. Así que, si nos permite, le dejaremos un nuevo adelanto, para que nos haga favor de seguir esperando.

Me quedé totalmente desconcertado. ¡Eso no podía ser! No podía estar pasando algo tan increíblemente afortunado (¿o perverso?).

Pero, ahora sí, me propuse sacarles algo de información. No estaba dispuesto a volver a estar pasando esas terribles noches de atormentadoras dudas sobre el carácter legal o ilegal del asunto que tendría yo que realizar. Pero no podía perder la compostura; al cuestionar, quise dedicarles una mirada dubitativa y al mismo tiempo cínica, al estilo de Antonio Badú, pero parece que no me salió muy bien, porque ellos me preguntaron:

—¿Le pasa algo?

—¿Se siente mal?

Recompuse mi actitud, y dije:

—Muy bien, señores... pero antes de recibir este tercer adelanto que, como ustedes comprenderán, me coloca en una situación bastante comprometida por lo importante de la suma que ya se acumula, necesito saber si el asunto es legal, y si en verdad creen ustedes que es algo que esté dentro de mis aptitudes y mis capacidades para llevarlo a cabo con la efectividad que ustedes esperan, y con la ética y rectitud que me caracterizan.

El gordo contestó:

—Señor Bond, quisiéramos que nos tuviera usted la suficiente confianza. El asunto no tiene nada de ilegal, créamelo. Solo que no podemos adelantarle nada sobre él, porque es algo que requiere de gran secrecía.

—Sí —dijo el otro—, es algo *sumamente* secreto.

—Pero estamos seguros —dijo el gordo— que usted está ampliamente en condiciones de llevarlo a cabo de manera totalmente satisfactoria.

—¿*Sumamente* satisfactoria! —dijo el alto.

—De manera que... —dijo el gordo— ¿le parece bien la misma cantidad de la vez anterior?

Por poco me desmayo. Me hormigueó la cara por un momento, y vi gris. Pero me compuse, y pude decir:

—Pero... ¿no necesitan ustedes que les firme un recibo?, ¿que les proporcione mis datos personales?, ¿que les dé una garantía sobre su dinero?

El gordo acabó de firmar el cheque, y dijo:

—Si usted insiste, pero no hay necesidad. Nosotros nos conducimos basados en la buena fe y la confianza.

Luego tomó una servilleta de papel e improvisó un dudoso recibo, que yo firmé, sin ninguna reticencia, con mi seudónimo.

—Además —dijo el gordo—, hemos decidido que si en el ínterin tiene usted que aceptar alguna otra empresa, lo haga con toda confianza, siempre y cuando nos dedique en el momento en que se precise, el espacio suficiente (que no será mucho) para lo nuestro.

—Y, no se preocupe —dijo el alto—, nosotros lo localizaremos cuando haga falta.

Noté que el gordo buscaba al mesero para pedir la cuenta, pero el mesero se encontraba a sus espaldas. Solo lo podía ver yo. Así que, muy disimuladamente, le hice una seña para que me

repitiera la orden.

En el momento de revisar el papel de la cuenta, el gordo abrió mucho la boca pero no dijo nada, solo soltó un resoplido, y pagó. Luego se levantaron, me dieron la mano y salieron del café.

No lo podía creer. Ahora tenía la libertad de aceptar otra empresa, si alguien me la ofreciera. Me guardé el cheque, me coloqué de nuevo los audífonos y aumenté el volumen para escuchar a Andy Russell diciendo que *solamente una vez amó en la vida...*, y me concentré en mi plato.

Ya empezaría de nuevo a preocuparme por las noches por el aumento de la deuda con los misteriosos fulanos. Pero con la nueva libertad que me habían otorgado, mañana, a primera hora, antes de distribuir el dinero en otras urgencias, iría a poner un anuncio en los periódicos ofreciendo mis servicios de investigador. Y saliendo del café, lo primero sería proveerme de una buena dosis de antiácidos (pues empezaba a sentir los primeros efectos del ágape).

## Chuletas ahumadas

Un aficionado a la lectura que no está en situación de comprar libros tiene que ingeniárselas para que no le falte que leer. Yo descubrí, desde mis lejanas épocas de estudiante, el valioso y efectivo recurso del trueque. No acostumbro, para este efecto, acudir a las librerías de viejo, porque esos libreros son abusivos: piensan que «viejo» es sinónimo de «antiguo», y pretenden (si es que admiten el intercambio) trocar los libros al tres o cuatro por uno. Por eso prefiero visitar los «tiraderos» de los domingos: el emblemático Baratillo del sector Libertad, el tiradero de la privada Iturbide en el tianguis de Santa Tere, o el tradicional mercado de pulgas llamado El Trocadero, de la avenida México, ubicado en el camellón, entre Pedro Buzeta y Bernardo de Balbuena.

Era un domingo a media mañana y hacía un día espléndido. Me puse mi gabardina, tomé algunos libros que tenía dispuestos para intercambiar y salí rumbo al Trocadero. Llevaba dos Camilo José Cela y dos Herman Hesse, e iba en busca de un Enrique Jardiel Poncela, que me hacía falta para completar mi colección, y tal vez tuviera suerte de encontrar un Ambrose Bierce, que llevaba un tiempo buscando.

Por supuesto, no siempre encuentra uno lo que busca, pero parte del placer está precisamente en la búsqueda (por algo es uno sabueso). Esta vez esperaba tener la fortuna de encontrar por lo menos uno de los que buscaba. Cuando eso sucede, experimento un placer inexplicable.

El buen tiempo saca a la gente de sus casas: cuando llegué al camellón, ya había una multitud en movimiento recorriendo los puestos de chácharas y antigüedades. Yo fui directamente con El Ruso, librero confiable, que con frecuencia consigue lo que le encargo. No, no hubo suerte de momento. El Jardiel Poncela ya se lo había encargado a un colega, y estaba en espera. Y de Bierce, aún no le caía nada, pero me aceptó el cambio (al dos por uno) de mis cuatro libros por uno de Vargas Llosa y otro de Onetti. Charlábamos distraídamente, cuando, al voltear hacia un lado, alcancé a ver, sobresaliendo entre la multitud, una cabeza con bigote espeso que me observaba desde lejos. Sé que mi gabardina llama la atención, y ya me acostumbré a ser observado con curiosidad; pero en esa cabeza me pareció ver una mirada más concentrada. Fijándome bien, me pareció reconocer al tipo alto de los Misteriosos. Intenté ir a acercarme para comprobar si en efecto era él, pero en lo que voltéé a despedirme del Ruso, la cabeza se esfumó. No fue posible localizarlo. Sin duda, había huido. Se había escapado a propósito.

¿Sería realmente el tipludo? Y si era él, ¿qué pretendía, por qué me vigilaba? Eso mucho aumentaba mi desconcierto y mi preocupación.

En lugar de seguir paseando entre los puestos como había pensado, decidí regresarme a mi departamento a pasar el día leyendo y escuchando música. Pero la idea de estar siendo vigilado por los Misteriosos no me permitió concentrarme. Hasta Don Raimundo, tal vez contagiado por mi evidente estado de inquietud, renunció a oír música; y pese a que me observó cocinar unas chuletas ahumadas, prefirió saltar por la ventila dejándome solo con mis dudas y mi desconcierto.

## Por unas albóndigas en salsa chipotle

Hacía tiempo que no me internaba por esos antiguos barrios de atrás del panteón de Mezquitán. Recordando una de las tradicionales delicias culinarias del mercadito que queda entre las florerías, frente al panteón, quise comprobar si todavía hacían esas albóndigas en chipotle tan celebradas por los clientes habituales de esos comederos.

Llegué algo tarde al único puesto que aún seguía abierto, pero todavía alcancé. Y sí, seguían mereciendo, ampliamente, tan emocionadas alabanzas.

Después de comer, aprovechando que estaba frente al panteón, decidí hacer algunas visitas que desde hacía años adeudaba. La tranquilidad y la paz del lugar se me antojaron para ponerme a leer una novelita que traía en la bolsa de mi gabardina. Puse a Los Hermanos Silva en los audífonos (*aquí dentro de mi alma, está lloviendo, como lluvia de llanto, lágrimas de amor...*), y abrí mi libro.

Perdí la noción del tiempo. Cuando lo pensé, ya estaba oscureciendo. Salí con calma, crucé la avenida y tomé rumbo hacia la esquina por donde pasa el autobús que debería abordar.

De pronto, al llegar a una esquina, sentí que me jalaban de la gabardina y me empujaron hacia uno de los callejones que hay detrás de las florerías. Era un lugar oscuro, y los que me llevaban eran dos sujetos corpulentos y muy malencarados. Pensé que, con toda seguridad, se trataba de un asalto. Me presionaron contra la pared entre insultos y amenazas.

—¡Ábrete de alas, pendejo!

—¿Cómo...?

—¡Qué abras la gabardina, no te hagas güey!

—¿Para qué?... ¿Es un asalto?

—Te vamos a decomisar la mercancía, y te vas a llevar una buena madrina para que no te andes metiendo a lo sembrado.

—No entiendo.

—¿No entiendes? Orita vas a entender, jijo de tu...

Y me hundió el puño en el estómago. Quedé sentado en cuclillas, recargado en la pared, viendo negro, sin poder respirar, por el tremendo sofocón, con un fuerte zumbido en los oídos y un intenso dolor.

Oí un ruido de motor que se acercó, y luego un rechinar de frenos. Mis ojos estaban tan nublados que no podía ver lo que estaba pasando, solo oía puñetazos, pujidos y palabras soeces. Luego carreras, gritos e insultos. Alguien me tomó del brazo y me ayudó a ponerme de pie. Cuando se despejó un poco la niebla de mis ojos, pude ver (muy empañadamente) a un joven bien vestido que me condujo a la parte trasera de una motoneta, me ayudó a montar y la puso en marcha.

«¿Existirían realmente los superhéroes?», pensé.

Recorrimos a gran velocidad varias calles, hasta llegar a López Cotilla, cerca de Chapultepec. El superhéroe estacionó la motoneta sobre la acera, y me hizo entrar en un lugar de bancos altos y minúsculas mesas, igualmente altas. Nos sentamos en una de ellas, pidió dos tequilas, y me dijo:

—¡Pos qué chingaos andabas haciendo por ese barrio y a estas horas, pues, chif!

—¡¿El Mandril...?! —casi grité.

—¡Yo mero, maromero! —contestó.

¡No lo podía creer! Era el Mandril. El Mandril, bien vestido, y conduciendo una motoneta. ¿Sería posible?

—¡Hombre...! ¡Mi amigo el Mandril! —hasta lo llamé «amigo»—. Créeme que no te había reconocido.

—Mi propia jefecita me dice eso. Qué onda, carnal... ¿Cómo te sientes?

—Bien. Ya pasó el dolor y el susto ahorita me lo bajo con este tequila.

Ahora, con la iluminación del lugar podía observarlo mejor. Tenía el pelo corto y peinado, y aunque vestía una camisa de manga corta, llevaba corbata, usaba zapatos formales y reloj.

—¡Chale, chale, carnal! Ya deja de licarme así, porque me estás poniendo nerviudo. ¿No te habrás cambiado de bando, verdad? No me digas que ahora cachas granizo.

—El que ha cambiado, y mucho, eres tú, amigo Roberto. Estoy asombrado.

—¡Qué pasó, compa, cómo que «Roberto»! Pa los cuates sigo siendo el Mandril —Se alborotó el pelo y se aflojó la corbata—. Si cambié de luc, es porque así me lo exige el jale.

—Solo que ahora a los franeleros les exijan andar en moto y usar corbata.

—¡Je, je...! No, es que ahora ando talachando pa la mueblería. Soy cobrador, inspector y hago ventas por catálogo. Y ¿vieras que me va muy bien? Saco pa mis vicios, pa los abonos de la motoneta y hasta le alcanzo a dar algo a mi jefita. Eso te lo debo a ti, carnal. Gracias a que me mandaste a llevar aquel expediente.

—¿Cómo está eso? —pregunté, intrigado.

Él sonrió, moviendo la cabeza, y dijo:

—No me lo vas a creer, brodi... Pos resulta que la chaparra ésa, la gerenta, salió parienta de mi jefita. Se habían perdido la pista por años. Yo la reconocí y le avisé a mi jefa. Se reencontraron, se movieron las colas, y el ganón fui yo, porque me cayó esta chamba «de poca madona».

—No sabes cuánto me alegro. Yo siempre supe que tenías talento para esto.

—Sobre todo pa cobrarles a los que no quieren pagar, ¿verdá?... je, je... Pero no me has dicho qué andabas haciendo por ese rumbo, tan fuera de tus territorios y tan cerca de los madrazos.

—Fui a comer al mercadito. Luego entré al panteón, y ahí se me hizo tarde leyendo. Me dirigía a abordar el autobús, cuando me encontré con esos dos fulanos que me quisieron asaltar, y...

—No te quisieron asaltar, chif, no seas inocente. Por culpa de tu gabardina te confundieron con «tiendita». Son narquillos, vendedores de droga que pensaron que les andabas pisando el terreno. Pudieron haberte despachado sin ningún problema, y dejarte allí, bien tieso, tirado en la banqueta.

Sentí escalofríos.

—¿De veras? Pues, debo darte las gracias por haberme salvado la vida, Mandril.

—Dije «pudieron». Aunque tal vez solo te hubieran puesto tal chinga, que te hubieran dejado inválido pa siempre.

—¿Y cómo fue que llegaste en un momento tan oportuno? ¿Cómo supiste que era yo el que estaba en peligro?

—Porque desde lejos vi a un bato con una gabardina cruzando la calle. ¿Quién más es capaz de andar por las calles con una gabardina? Por la gabardina pudieron haberte dado mastuerzo, y por la gabardina te salvaste, carnal.

—Pues, gracias, amigo Mandril. ¡Muchas gracias!

—¿Ya ves cómo sí necesitabas un guardaespaldas? Je, je, je...

## Elote cocido, con limón y sal

Me gusta venir de tarde en tarde aquí, al camellón de la avenida México, a pasear o a sentarme en una banca, a recordar cómo era esta avenida hace varios años, cuando la música que ahora escucho en mis audífonos aún se escuchaba en los hogares que existían por esta calle. Ahora ha dejado de ser zona habitacional. Ha sido invadida por el comercio. Establecimientos de diversos giros: taquerías, torterías, bazares, heladerías, abarrotes.

A unos cuantos pasos se encuentra la elegante avenida Chapultepec, más comercial y más ruidosa. Prefiero este camellón, de la avenida México, por ser más tranquilo y porque me provoca revivir nostalgias.

Andaba esa tarde por aquí, paseando, recorriendo el camellón. Media hora antes, había estado parado frente al aparador de la zapatería, simulando observar los modelos de calzado, y la había visto. Ella se encontraba distraída; eso me permitió verla con calma por un buen rato. Es una combinación de Martha Roth y Sonia Furió, con algo de Miroslava. Imagino su voz. Debe ser clara y bien timbrada como la de... ¿Lucy Gallardo? No... más suave. Más bien como... ¡Marga López! Sí... Marga López. No creo que se tiña el pelo. Ése debe ser su color natural; color canela claro. Ya no es una jovencita. Debe tener... ¿veintiocho?, ¿treinta? Pero tampoco viste como las jóvenes de su edad, su aspecto es conservador, pero de buen gusto. Como no sé su nombre, yo le he puesto Irasema (por Irasema Dilián). Para mí es Irasema. Irasema... Irasema... Irasema...

Caminaba hacia el poniente pensando en eso, mientras admiraba los naranjas y rosas del atardecer, escuchando a Los Dandy's: *eres la gema que Dios convirtiera en mujer para bien de mi vida...*, y saboreando un elote cocido (único alimento de ese día), cuando unos pasos apresurados a mi espalda me sacaron de mi ensueño. Pensé que sería el Mandril y me preparé para recibir alguna de sus pesadas bromas, pero solo sentí unos toquecitos en el hombro. No era el Mandril. Eran ellos, los Misteriosos. ¿Cómo hacían siempre para localizarme? Y, lo más intrigante, ¿cómo es que aparecían siempre en los momentos más críticos de mi situación económica, en los que, lejos de sentir temor o por lo menos desconfianza, los recibía como mis salvadores?... ¡Misterio!

Afortunadamente había un tambo para la basura a la mano. Me deshice del elote (de cualquier manera, ya no le quedaba mucho que roer) y me limpié las manos con una servilleta de papel.

—¡Hombre! —exclamé, tendiéndoles la mano—. ¡Los señores Miguel Aceves Mejía y Vicente Fernández!

—Los mismos —dijo el robusto—. ¿Cómo está usted?

—A decir verdad, deseando verlos. Créanme que deseando mucho concluir mi compromiso con ustedes. Espero que en esta ocasión sí sea...

El alto se aseguró discretamente de que no hubiese ningún restaurante a la vista, y me dijo:

—¿Podemos sentarnos? Tenemos que hablar.

Yo sentí mucho el haber dejado tan atrás las taquerías. Dije con resignación:

—Sí, sentémonos en esta banca.

Nos sentamos el alto y yo. El gordete permaneció de pie frente a mí. Me miró gravemente y me dijo:

—Señor Bond, siento decirle que...

Cruzó los brazos, dio unos pasos hacia un lado, luego hacia el otro, se rascó un cachete, luego echó una rápida mirada al largo. El otro seguramente captó el mensaje y tomó la palabra:

—¿Sabe usted, señor Bond? Esto es *sumamente* difícil de...

De nuevo la zozobra. Ahora sí me alarmé tremendamente. ¿Se habían arrepentido del trato? ¿Me irían a pedir el dinero de regreso?

El gordo entró al quite:

—A usted le parecerá increíble, pero el caso es que aún no estamos en condiciones de... ¿Me entiende usted?

Luego el otro:

—Nos apena mucho, pero nos vemos obligados a pedirle una prórroga más.

Luego, el gordo:

—Mire usted, veníamos preparados...

Sacó del interior de su saco un cheque por la misma cantidad de los anteriores, ya firmado, y me lo entregó antes de que pudiera yo abrir la boca para decir cualquier cosa. El alto se levantó y dijo:

—Ténganos paciencia. Sabemos que usted ha sido *sumamente*... pero... ¡Hasta pronto, señor Bond!

No me dieron la mano al despedirse; no hubo tiempo. Simplemente partieron a paso veloz.

Esta vez ni siquiera disfruté el gusto momentáneo de recibir el cheque. La cantidad que se había acumulado era ya bastante alarmante.

Si bien por lo pronto podría pagar mis deudas acumuladas desde el último adelanto (meses atrás), lo que me quedaría al final, como las veces anteriores, sería tan poco que solo me alcanzaría para sobrevivir unos cuantos días más. ¿Y después qué? Bueno... después solo podría dedicarme a esperar que por fin se decidieran los sujetos a asignarme la tan postergada y tan enigmática misión que me tenían reservada. Para entonces, tal vez me habrían adelantado el total de la paga y no podría esperar un centavo más al concluir el trabajo. Era esto o la absurda esperanza de que en el siguiente momento crítico, como siempre, llegaran a rescatarme de la ignominia con otro «adelanto» para seguirme hundiéndome más en la deuda.

Volví a pensar en lo que mil veces había considerado: ¿por qué no conseguir un empleo cualquiera, que me permitiera poco a poco ahorrar la cantidad que les debía y deshacer ese compromiso? Pero ya lo había intentado anteriormente sin conseguirlo. No había empleos para mí. Lo único que yo sabía hacer era lo mismo que hacía en la imprenta: redactar e imprimir. Ese empleo ya lo había tenido y de manera fantasiosa lo había despreciado.

Invertí unos pesos en anuncios en la prensa y el resultado de eso fue totalmente desalentador. Tuve que rechazar varios encargos; todos ellos tenían el mismo propósito: hombres que querían descubrir si sus cónyuges los engañaban. Maridos que dudaban de la fidelidad de sus esposas y querían saber en qué pasos andaban mientras no estaban con ellos. No puedo creer que ésta sea la única clase de trabajo que se le puede encargar a un investigador privado. Si las encomiendas de la gerente de la mueblería me parecieron humillantes, y sin embargo las acepté, éstas otras se me antojaban abominables. Jamás aceptaría un encargo tan detestable como seguirle los pasos a una

dama para luego acusarla y atestiguar en contra suya durante un juicio por adulterio. Si los únicos encargos que se le podían encomendar a un investigador privado eran de esta ralea, prefería renunciar a esta profesión.

Y... ¿qué tal si regresara a la imprenta? Don Melchor me había ofrecido esa posibilidad..., pero no. Eso sería demasiado humillante. ¿Cómo llegar y decirle que había fracasado en mi proyecto? Recordé las risotadas que mi decisión le provocó. Pero, ¿qué otro recurso me quedaba? Lo pensaría bien, y... si no quedaba otro remedio...

Esa noche hablé con Don Raimundo. Le conté todo. Le planteé la disyuntiva entre seguir pasando por las alternantes etapas de subsistencia o la humillación de volver a mi antiguo empleo, en el que tal vez, recurriendo a la generosidad de don Melchor, pudiese conseguir un préstamo para devolver la muy abultada suma que me había sido adelantada por los sujetos misteriosos de los que no tenía la menor idea sobre su calidad moral ni de la condición del trabajo que tendría que realizar, por más que ellos me habían asegurado que el asunto era lícito.

Cuando terminé de hablar, Don Raimundo me miró fijamente y noté un extraño brillo en sus ojos. Ese brillo me hizo sentir perfectamente lo mismo que debe sentir un ratón cuando un gato lo tiene acorralado. Luego (sé muy bien que no me equivoco) me pareció verlo sonreír perversa y burlescamente.

Entonces supe lo que tenía que hacer.

## Solo una manzana y nueces

Cuando llegó el taxi con don Melchor, yo tenía un rato de estar esperando de pie junto a la cortina metálica de la entrada. Don Melchor bajó y no hizo ningún gesto. Ni siquiera volteó a verme. Sin decirme nada, me alargó la llave para que abriera. Levanté la cortina, él entró por delante, y mientras se quitaba el saco me dijo, como si me hubiera visto el día anterior:

—Pásale. Hay que imprimir estas invitaciones. Van en papel opalina, en media carta. Hay que hacer trescientas. Haz una prueba y me la muestras.

Eso fue más humillante que si me hubiera recibido con bromas y comentarios burlescos. Eso significaba que él siempre había tenido la certeza de que fracasaría en mi proyecto; de que no valía para otra cosa que no fuera este oficio. Que estaba seguro de que regresaría derrotado. Estuve a punto de decirle que se equivocaba, que no había tal, que yo solo venía a visitarlo. Pero pensé en lo mucho que me había costado tomar esta decisión para echarlo todo a perder por un arranque de orgullo. No abrí la boca. Me puse el delantal y empecé a trabajar.

Pasamos toda la mañana en silencio. Yo imprimiendo y limpiando los rodillos de las máquinas, y él leyendo en su escritorio de la trastienda (sin siquiera oír tangos).

Al llegar el mediodía, se puso su saco y, sin avisarme, salió hacia la marisquería por sus cocteles de camarón y sus cervezas. Yo no salí a comer. Llevaba una manzana y unas nueces en una pequeña bolsa de plástico (no en las bolsas de mi gabardina, porque no la llevaba. Había decidido colgarla, quizá para siempre).

Cuando el viejo regresó de la marisquería, venía menos adusto. Me di cuenta de ello porque entró al taller silbando, aunque muy quedo. Yo me encontraba en mi escritorio revisando las especificaciones del siguiente trabajo. Él llegó y se sentó sobre su escritorio con los brazos cruzados, como la última vez que hablé con él (año y medio atrás). Pensé que había llegado el momento en que empezaría a embromarme, que eso rompería un poco la tirantez en que había transcurrido el ambiente durante toda la mañana, y casi me alegré de que empezara a burlarse de mí. Pero no lo hizo. Estuvo un momento con la cabeza agachada, y luego dijo:

—¿Y...? ¿Qué pasó? ¿De plano no pudiste, o te diste por vencido sin luchar?

En sus palabras no había rastro de ironía, pero sí un ligero tono de reproche. Le contesté sin pensar. Mi voz salía de manera automática, como si fuera otro y no yo quien hablaba.

—Entendí —le dije—. Entendí que no soy un personaje de novela ni de filme cinematográfico. Entendí que esto no es París, ni Nueva York, ni Londres. Que esto es el barrio de Santa Teresita, en Guadalajara. Que no soy ningún detective famoso, ni tengo lo necesario para pretender serlo. Simplemente soy Juan Sánchez, un individuo común y corriente, con muchos miedos y muchas debilidades. Que una simple ama de casa puede dominarme o tundirme a golpes, según se le antoje. Que un mozalbete cuidacoches puede ser más inteligente y más arrojado que yo. Que hasta un gato puede tener más carácter. Que solo soy un gris impresor y redactor de imprenta de barrio. Pero que mis pequeños deleites y mis satisfacciones cotidianas han estado siempre ahí, al alcance

de mi mano. ¿Qué más da? Aprenderé bien el oficio, y seré un buen impresor. Eso es todo. Le agradezco a usted que me reciba de regreso.

Después de un largo silencio, hizo un sonido entre suspiro y risa amarga, se levantó y salió. A la pasada me apretó un hombro con una de sus manazas, y se fue de nuevo con el Gordo, a seguir tomando cervezas toda la tarde.

## Una lata de atún desperdiciada

Al día siguiente de mi regreso, decidí demostrar mi agradecimiento y mi buena disposición al trabajo llegando nuevamente antes que don Melchor. Quería que al llegar él, me encontrara esperando junto a la cortina de la entrada. Pero me encontré que la cortina estaba levantada. Él, seguramente, había llegado antes. Cuando entré al taller, vi que no había nadie. No me extrañó, pues con frecuencia don Melchor llegaba, levantaba la cortina y se iba al estancillo de la esquina a comprar cigarrillos, y se entretenía conversando con don Camilo, el dueño. Seguramente eso había sucedido esta vez. Yo tenía trabajo pendiente en la trastienda; debería redactar y diseñar unos anuncios y unas invitaciones. Fui a mi escritorio y empecé a laborar.

Después de un rato, lo sentí acercarse. Supe que era él, le reconocí los pasos y la forma de toser. Obviamente, él no sabía que yo estaba en el cuarto de atrás. Lo escuché entrar y detenerse en el mostrador, tal vez revisando algunos trabajos terminados. Al poco rato lo oí hablar con alguien. Alguien cuya voz me pareció conocida; supuse que sería algún cliente. De pronto escuché un *sumamente*. Puse más atención y ahora sí reconocí bien esa voz, y se me puso la carne de gallina. ¡Era la voz del tipludo, uno de los Misteriosos! Después de los saludos, lo escuché decir:

—Qué pasó, jefe. ¿Hay que llevarle otra lanilla al sujeto? Creo que es tiempo, ¿no?

—No —dijo don Melchor—. Ya no hay necesidad. Regresó. Ya está viniendo a trabajar.

—¿Ah, sí? Pues, menos mal, jefe. Porque, aunque el sujeto es *sumamente* tonto y todo se lo cree, últimamente no hallábamos qué inventarle.

—¿Dónde está Silvio? Tengo algo que decirle.

—A la vuelta, en el coche. ¿Quiere que lo llame?

—No. Voy yo. No tarda en llegar Juan. No quiero que los vea. Adelántate. Dile a Silvio que ahí voy. Será un minuto nada más.

—Muy bien, jefe.

Los oí alejarse. Cuando calculé que habían dado vuelta en la esquina, salí del taller y me dirigí casi corriendo a la esquina contraria. Me oculté tras un automóvil, y cuando vi a don Melchor regresar solo, volví al taller, saludé, y entré, como si nada.

Durante todo el día mi mente fue un remolino. ¡Los Misteriosos y don Melchor se conocían, y estaban implicados en algún contubernio! Es evidente que el jefe es él. Y, ¿contubernio con relación a qué? Sin duda, el sujeto al que se referían era yo. ¿En qué están pensando involucrarme? El misterio está en que si él quiere obligarme a hacer algo, ¿para qué necesitaba intermediarios, por qué no hablarme directamente? Si antes mi duda sobre los Misteriosos era preocupante, ahora que sabía que don Melchor tenía algo que ver en el asunto, se volvía insostenible.

Por ahora todo es muy confuso. No sé qué esperar, ¿verme involucrado en algo turbio? Y si me niego... ¿la cárcel, o una venganza peor por parte de los Misteriosos? Más vale no pensar en ello... solo puedo dejar que las cosas pasen como tengan que pasar. Abandonarme a la suerte.

No se lo he comentado en voz alta a Don Raimundo, pero él me observa, algo preocupado. Tendré que ponerle el disco de María Victoria para romper la tensión. Hace rato que puse en su plato el atún que yo, por este estado de preocupación, no me pude comer. Sé cómo le fascina el atún, pero él tampoco lo comió. Debería hacerlo. Seguramente habrá días en que ni siquiera de eso dispongamos.

Por suerte el día siguiente sería sábado; los sábados en la tarde no se abría el taller, regresaríamos hasta el lunes. Tenía mucho tiempo para ponerme a reflexionar sobre el asunto.

## Birria, sopa de médula y... varias cervezas

Era día domingo. Me levanté tarde, con un extraño desconcierto. Sintíendome apático, sin ganas de hacer nada en particular. Había pasado la noche reflexionando sobre el asunto de don Melchor y los Misteriosos. La noche fue agotadora; de mucho pensar en la incógnita y no llegar a ninguna conclusión.

Decidí no desayunar, pues no tenía hambre (cosa que no me sucede con frecuencia). Salí a caminar sin rumbo definido, dejando que mis pasos trazaran su rumbo de manera automática. Llegué al centro de la ciudad, pero no quise mezclarme entre la multitud que acude los domingos a aglomerarse en los reconocidos puntos de distracción que hay en el primer cuadro. Así, vagando sin dirección, me desvié hasta las Nueve Esquinas, barrio muy tradicional, famoso por sus birrierías. Después de unas horas de estar sentado en una banca solo mirando a unos chiquillos corretear, mi estómago me reclamó su estado de ayuno, y mi olfato me recordó en qué lugar me encontraba: rodeado de establecimientos de exquisiteces culinarias. Simplemente me levanté y crucé la calle hacia la birriería El Compadre.

Me encontraba totalmente concentrado en mi plato de «machito» y «carnacita», con un agua de jamaica al lado, oyendo a Los Tres Ases decir que *tú serás su último fracaso, no podrán querer a nadie más...*, cuando oí que me decían:

—¿Qué pasó, Juanito? ¿No me habías visto, o eres «como Orozco, que cuando como no conozco»?

Volteé a la mesa contigua. Era Gaspar, el hijo de don Melchor. Efectivamente, cuando pasé junto a él, no lo reconocí.

—¡Perdón, Gaspar! Amanecí distraído, no te había visto. ¿Ya llevas rato aquí?

—Sí, de hecho, ya acabé de comer. Solo estoy terminando mi cerveza. Y no te preocupes, yo tampoco te había reconocido hasta hace un momento. Vente acá, a esta mesa, ¿no? Para que no comas solo.

La verdad, no me agradaba mucho la idea, pero no quise desairar al hijo del patrón. Antes, nunca intercambiamos más allá de dos o tres frases. No sé de qué podríamos conversar él y yo. Pero me levanté con mi plato y mi vaso y me instalé en su mesa.

Para mi sorpresa, Gaspar era un gran conversador. Hablamos de música, de películas, de libros, del trabajo, de algunos clientes, de las manías de don Melchor, y ya algo en confianza, hasta me compartió algunas de sus aventuras románticas con ciertas damas vecinas a la imprenta. Se le adivinaba una gran necesidad de hablar con alguien, pues cuando notó que ya tenía yo rato de haber terminado de comer, me dijo:

—¿Qué te parece si nos vamos a tomar unas cervezas a otro lugar para seguir conversando?

Yo, que no tenía nada que hacer en todo el resto de la tarde, y que sabía que si me regresaba a mi departamento lo más seguro era que me volviera a invadir la misma confusión de ideas y la misma depresión con la que amanecí, acepté la invitación. Él pagó las dos cuentas, y salimos caminando hacia la cantina El Lido.

En la cantina, siguió charlando con un espíritu cada vez más relajado y divertido, cosa que también me permitió caer en un estado de confianza. Después de mucha charla y de cinco cervezas, que en mí hacen el mismo efecto que en otros una botella de tequila completa, le dije:

—Oye, Gaspar, ¿te puedo preguntar una cosa?

—¡Viene! —dijo él.

—¿Quiénes son un tipo alto, delgado, norteño, de voz atiplada, y uno más bajo y regordete, que andan siempre juntos? Me parece que son conocidos de tu papá.

—Ah, sí... Son Silvio y Roque. Trabajaban de guardias de seguridad en la empresa que vendió mi padre. Ahora trabajan por su cuenta. Son investigadores privados. Mi padre los apoyó mucho y hasta les prestó el dinero para que abrieran su despacho. ¿Por qué preguntas sobre ellos? ¿De qué los conoces?

No supe qué decirle.

—Eh... no sé. No los conozco. Solo que un día pasaron frente al taller y saludaron a tu padre —mentí—. No sé por qué me llamaron la atención.

—Sí —dijo—, son algo pintorescos —luego me miró por un momento—. Aun así, es extraño que hayan despertado tu interés a tal grado que quisieras saber quiénes son.

Empecé a ponerme nervioso. No quería decirle la verdad. Por fortuna, luego agregó:

—Pero, en fin, eso es cosa tuya. ¿Otra cerveza?

—Para mí ya no. Se me empieza a trabar la lengua. ¿Sabes?, hay una cosa que también me ha intrigado siempre.

—¿Qué es?

—¿Cómo hace don Melchor para mantenernos?

—¿Cómo hace para...? A ver, explícate más.

—Sí, pues... la imprenta, tú sabes, no cuenta con una gran clientela, y los pocos clientes que tiene solo mandan hacer volantes, tarjetas, invitaciones, facturas y notas de remisión, trabajitos que no dejan gran cosa. Cierto que no se paga renta, porque don Melchor es dueño del local, pero, ¿y nuestros sueldos? No creo que después de pagarme a mí, a ustedes les quede lo necesario para vivir, y...

Gaspar se rio, ordenó otro par de cervezas sin hacer caso de mi negativa, prendió un cigarro, se recargó en su silla, soltó el humo y me miró entrecerrando un poco los ojos, y dijo:

—¿Cuánto hace que empezaste a trabajar en la imprenta?

—Como unos cinco años.

—Pues apenas haría un año que la había comprado mi padre. A mí me queda muy claro que la compró por tres motivos: el primero, que mi madre murió hace ocho años. A él, ya solo, le quedó muy grande la casa. No la quiso vender por respeto a la memoria de ella y sigue viviendo ahí, pero ya no quiso pasarse los días solo en ese lugar. Así que necesitaba otro sitio en donde ocupar sus días leyendo, como siempre había deseado, pero que nunca había tenido el tiempo suficiente para hacerlo. Segundo motivo: mi padre siempre amó las máquinas de imprimir. Desde adolescente, entró como aprendiz en esa imprentita del barrio de Santa Tere, donde aprendió el oficio. Aprendió muy bien. Luego se fue superando hasta llegar a ser un gran conocedor del medio: como oficio y como negocio. Tan fue así, que con el tiempo se convirtió en el dueño de una de las empresas más modernas y más importantes del ramo, Litógrafos de Occidente. Hizo mucho dinero. Se hizo muy rico, pero le dedicó al trabajo su tiempo casi por completo. Cuando mi madre

murió, él se dio cuenta de lo poco que había convivido con nosotros. Dolido, arrepentido y seguramente resentido contra la empresa, la vendió. Tercer motivo: un día se enteró de que don Ramiro, su antiguo patrón, con quien había empezado a aprender el oficio en esta imprenta, por su edad ya no la podía atender. El hombre, viejo y enfermo, había intentado venderla, pero como ves, es tan obsoleta que nadie había querido comprarla. Mi padre vio ahí una doble oportunidad, ayudar a don Ramiro y pasar sus días haciendo lo que más le gusta: leer, escuchar tangos e imprimir. No lo hizo por negocio, pues el dinero le sobra, sino por distraerse y por estar en el barrio donde nació y donde conoció a mi madre, viviendo con placidez los días que le restan por vivir. Yo, como hijo único, soy su heredero universal. Por lo que, mientras el viejo viva, yo me dedico a «nadar de muertito» junto a él, siguiéndole la corriente. ¿Te das cuenta ahora? ¿Aclara eso tu duda?

—Sí —contesté—. Ampliamente.

—Pues ése es mi padre. Ahora que él también tuvo sus sueños secretos que nunca llegó a realizar. Y hasta sus grandes fracasos, como el de... —se rio— ¿creerías que en su juventud intentó convertirse en investigador privado? «Detective», decía él. Por supuesto, no lo logró, y fue una de sus mayores frustraciones. ¡Ja, ja, ja...!

Con las nuevas cervezas, la mesera nos trajo también dos humeantes platos de sopa de médula.

—¿Alguna otra pregunta?

—No, gracias.

Con lo que ya me había dicho tenía yo para no dormir en toda la noche. Había suficientes cabos que atar.

## Café con piquete

Un par de meses después, falleció don Melchor. Acudió mucha gente a su funeral. Todos desconocidos para mí. Solo conocía a Gaspar, uno que otro cliente y a los Misteriosos (ahora Roque y Silvio, investigadores privados). Ellos me confesaron que sí, que el dinero que ellos me entregaban provenía de don Melchor. Por eso es que la cantidad en los «adelantos» siempre era del equivalente a tres meses de mi salario en el taller, y por eso se aparecían con esa frecuencia: cada tres meses, dando tiempo a que yo lograra empezar a ejercer el oficio. Me invitaron a trabajar en su bufete de investigaciones, pero ya Gaspar me había adelantado que, por orden de su padre, el taller sería para mí. Me lo había heredado. ¿Por qué? Simplemente por filantropía. Gaspar, como único heredero, estuvo totalmente de acuerdo con eso, porque a él no le interesaba para nada conservar esta imprenta.

Aquí estoy, pues, a cargo del taller, ahora como propietario. Sigue siendo un negocio de poca monta, pero para mis modestas necesidades es más que suficiente. Sigo usando mi gabardina, pero ahora como bata de trabajo, pues sus bolsas siempre han sido muy prácticas para almacenar golosinas.

Supe que Irasema no se llama Irasema (claro que ya lo sabía, porque ese nombre se lo puse yo, y secretamente la seguiré llamando así). Se llama Alejandra. Me gusta ese nombre: Alejandra. De cerca, Alejandra no es tan bonita ni tan joven como desde lejos la veía. Debe andar por los cuarenta. Y no tiene nada de Martha Roth, ni de Sonia Furió, mucho menos de Miroslava. Ni tiene la voz de Marga López. Su voz es la voz normal de una empleada de zapatería. Y sí se tiñe el pelo. Se le nota en las raíces. Pero cuando le pregunté su nombre me sonrió. Su voz fue como un bolero alegre y romántico a la vez. Y su mirada tiene esa cálida nostalgia de las canciones más tristes en la voz de Lupita Palomera. Y cuando me sonrió, supe que era posible que... ya veremos... ya veremos...

## Coctel de camarón y cerveza

En homenaje a don Melchor, por las mañanas escucho tangos y cada día, a las dos de la tarde, acudo a la misma marisquería a donde él iba, a hacer lo mismo que él hacía. A tomar un coctel de camarón con una cerveza (antes de la comida, por supuesto).

# Table of Content

[Detective que oye boleros](#)

[Pepián y tacos tuxpeños](#)

[Pozole y tostadas de pata](#)

[Mole poblano con arroz rojo](#)

[Tacos de cabeza y horchata](#)

[Quesadillas con flor de calabaza](#)

[¿Tamales o tacos?](#)

[Carnitas de cerdo con salsa mexicana](#)

[Menudo, chiles rellenos y... cine](#)

[Tortitas de camarón con nopales](#)

[Chamorro en salsa agridulce](#)

[Tortas ahogadas y cervezas](#)

[Solo bolillo con queso y agua](#)

[Carnes en su jugo y frijoles charros](#)

[De cocido... ¡dos platos!](#)

[Espinazo con verdolagas](#)

[Empanadas de pescado](#)

[Flautitas de pollo con crema](#)

[Tortitas de chinchayote en salsa de tomate](#)

[Gorditas fritas con chile de molcajete y champurrado](#)

[Tostadas de marlin y aguachile](#)

[Charales, caldo michi y mojarra fritas](#)

[Enchiladas y sopes surtidos](#)

[Enfrijoladas con cecina](#)

[Chilaquiles rojos con huevos estrellados](#)

[Chuletas ahumadas](#)

[Por unas albóndigas en salsa chipotle](#)

[Elote cocido, con limón y sal](#)

[Solo una manzana y nueces](#)

[Una lata de atún desperdiciada](#)

[Birria, sopa de médula y... varias cervezas](#)

[Café con piquete](#)

[Coctel de camarón y cerveza](#)